

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

*San automóvil* de Jorge Ferretis o una mirada crítica a los resultados de la Revolución

TESINA  
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS

PRESENTA  
ARISTEO RODRIGO MONTIEL COELLO

ASESOR:  
LIC. ANDRÉS ARMANDO MÁRQUEZ MARDONES

MÉXICO, D. F.

AGOSTO 2009



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi madre: ejemplo vivo de voluntad y grandeza cotidiana.

A mis hermanos Antonio, Fernando, Mauricio y Angela: porque somos sangre, origen y trascendencia.

A Francisco Rivera Vázquez

In Memoriam

Por el México Viejo, la Historia y la Literatura.

A mi esposa Graciela: por tu amor y tu apoyo incondicional. ¡Sin ti esto no hubiera sido posible!

A mis queridas hijas: Ximena y Gabriela.

Xime: Tu nacimiento significó para mí "la primera vez de la alegría".

Gaby: Tu llegada fue para mí el amanecer del mundo y de mi vida.

## AGRADECIMIENTOS

Al Lic. Andrés Armando Márquez Mardones

Por tu tiempo, tu generosidad y tu amistad.

A los honorables Miembros del Jurado:

Dr. Juan Coronado López

Dra. Marcela Leticia Palma Basualdo

Dr. José Rubén Romero Galván

Mtro. Javier Octavio Cuétara Priede

A la U N A M y en especial a la Facultad de Filosofía y Letras  
Nobles instituciones a las que les debo todo, absolutamente todo.

Sentamos las bases del capitalismo mexicano. Las sentó Calles. El acabó con los generales, construyó las carreteras y las presas, organizó las finanzas. ¿Que en cada carretera nos llevamos un pico? ¿Que los comisarios ejidales se claveron la mitad de lo destinado a refacciones? ¿Y qué? ¿Hubiera usted preferido que para evitar esos males no se hubiera hecho nada? ¿Hubiera usted preferido el ideal de una honradez angelical? Le repito: nosotros habíamos pasado por esas, y teníamos derecho a todo. Porque nos habíamos criado en jacales, teníamos -así, sin cortapisas- derecho a una casota con techos altos y fachadas labradas y jardines y un *Rolls* a la puerta. Lo demás es no entender qué cosa es una revolución. Las revoluciones las hacen hombres de carne y hueso, no santos, y todas terminan por crear una nueva casta privilegiada.

Federico Robles a Ixca Cienfuegos

*La región más transparente* de Carlos Fuentes.

## ÍNDICE

Índice	1
Introducción	2
I. La narrativa de la Revolución en los treinta	6
II. Las novelas de Jorge Ferretis en el contexto de los treinta	19
III. Políticos y dirigentes logreros durante la presidencia de Plutarco Elías Calles y el Maximato	31
IV. De cómo el poder quebranta los ideales y falsea a los hombres	39
V. El papel social del novelista en <i>San automóvil</i>	47
VI. Algunos apuntes indigenistas en <i>San automóvil</i>	58
VII. Conclusiones	68
VIII. Bibliografía	70

## Introducción

Jorge Ferretis fue un narrador de la segunda generación de escritores de la Revolución mexicana. Fue contemporáneo de autores como Gregorio López y Fuentes, José Mancisidor, Mauricio Magdaleno y Miguel N. Lira; sin embargo, la obra de este creador potosino es poco conocida y difundida. Hoy en día resulta prácticamente imposible conseguir sus novelas y sus colecciones de cuentos. El texto que es motivo de estudio en esta tesina, *San automóvil*, sólo fue editado en una ocasión en 1938 y jamás ha vuelto a ser publicado. Las únicas obras narrativas que han salido a la luz en tiempos recientes son la novela *Tierra caliente*, editada por Premiá en su colección “La Matraca” y el volumen de relatos titulado *Hombres en tempestad*, el cual fue publicado en la Tercera Serie de Escritores Mexicanos en los principios de la década de los ochenta del siglo anterior. Fue precisamente este último libro el que me permitió conocer y apreciar a este escritor. La lectura de los cuentos que integran este texto me llevó a conseguir otros trabajos de este autor en las librerías de ocasión ubicadas en la calle de Donceles en el centro histórico y en la bodega que ediciones Botas todavía tenía por aquellos años en la calle de Justo Sierra.

Una razón de peso por la cual la obra de Jorge Ferretis ha tenido poca divulgación es el hecho de que ninguno de sus textos fue incluido en la famosa antología de Antonio Castro Leal titulada *La novela de la Revolución Mexicana*, la cual apareció en los primeros años de la década de los sesenta y que ha partir de ese momento, se erigió como la obra canónica para el estudio, conocimiento y lectura de este tipo de novela.

Mauricio Magdaleno en el prólogo que escribió para el libro de cuentos de Jorge Ferretis publicado de manera póstuma titulado, *Libertad obligatoria*, afirmó que algunas de las novelas de este autor tenían la calidad suficiente para aparecer en dicha antología (menciona de manera concreta *Tierra caliente*). Las razones por las cuales Castro Leal no lo incluyó son desconocidas, sin embargo, Magdaleno menciona como un posible motivo de esta omisión la influencia de los enemigos que Jorge Ferretis tuvo en el ámbito político de nuestro país en las décadas de los cuarenta y cincuenta debido a las agudas críticas que hacía a los resultados de la Revolución Mexicana en sus obras narrativas, así como en diversos artículos periodísticos.

En estudios acerca de la narrativa mexicana de los años treinta y cuarenta, la obra de este escritor potosino apenas comprende unos cuantos comentarios y reseñas críticas. En nuestra Facultad, por ejemplo, este autor sólo ha sido estudiado en dos trabajos de tesis: uno de Maestría realizado en 1964 y otro en Licenciatura, efectuado en 1994. Cabe destacar que en estas dos tesis la narrativa de Ferretis fue abordada en su conjunto (tomando en cuenta diferentes puntos de estudio como los aspectos ideológicos, las temáticas recurrentes, los personajes, la estructura narrativa, el uso del lenguaje, el nacionalismo, y el trasfondo histórico, por mencionar los puntos más sobresalientes) sin que ninguna de sus cuatro novelas o alguno de sus tres libros de cuentos haya sido tratado íntegramente de manera individual. El presente trabajo tiene por objeto aproximarse a una obra en particular del autor y contribuir con ello en el rescate y valoración de un escritor que, como muchos otros de la época posrevolucionaria, al día de hoy, permanecen en el olvido.

De la producción novelística de este escritor, la obra menos estudiada, comentada y ya no digamos aludida por la crítica, es *San automóvil*, colección de tres novelas cortas: *En la*



*tierra de los pájaros que hablan*, *Carne sin luz* y la que le da el título al volumen. Precisamente ésta última novela, *San automóvil*, es el objeto de estudio de esta tesina que, para obtener el título de la Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas, presento considerando como aspecto principal de mi estudio los elementos temáticos e históricos, reflejados en esta novela, y relacionados con el desencanto y la frustración producidos por los malos manejos que, en el periodo presidencial de Plutarco Elías Calles (1924-1928) y en las distintas etapas del maximato (1928-1934) llevaron a cabo los políticos y dirigentes de las distintas instituciones, quienes aprovecharon sus puestos para enriquecerse y beneficiarse de manera ilícita bajo la sombra protectora de la Revolución.

Comienzo este estudio con una aproximación a la novela de la Revolución a partir de la segunda mitad de la década de los veinte; posteriormente, ubico la vida y la obra de Jorge Ferretis en este contexto. Después, identifico e interpreto varios pasajes de *San automóvil* relacionados con el cuatrienio presidencial de Calles y los gobiernos subsecuentes del denominado maximato. A lo largo de esta tesina abordo también aspectos propios del género novelístico como son los espacios diégeticos y temporales, perfiles de personajes, así como el empleo del lenguaje.

Considero que gran parte de la producción narrativa de este autor, incluida *San automóvil*, constituye un referente esencial para conocer con una mayor profundidad esta etapa de la historia de México, así como sus implicaciones sociales, éticas y políticas, las cuales en la escritura de Jorge Ferretis, se convierten en materia literaria de notable valor y trascendencia artística.



## I. La narrativa de la Revolución en los treinta

La publicación en Madrid de las novelas *El águila y la serpiente* y *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán en 1928 y 1929 respectivamente, marcó un momento importante en la literatura mexicana del siglo XX: significó una nueva etapa de una narrativa -emanada de las diferentes fases de la Revolución Mexicana- que en 1915 había iniciado Mariano Azuela con *Los de abajo* y había continuado él mismo por aquellos años con *Las moscas*, *Tribulaciones de una familia decente* y *Domitilo quiere ser diputado*. Sin embargo, prácticamente toda la década de los veinte permaneció indiferente con respecto a textos que tocaran el tema de la Revolución. Las novelas que Azuela publicó entre 1920 y 1927, *La malhora*, *El desquite* y *La Luciérnaga*, fueron obras que se salían del marco revolucionario y constituían lo que la crítica ha señalado como su periodo “hermético”. Por esta época el iniciador de la novela de la Revolución pretendía adoptar y aplicar a su obra las tendencias vanguardistas del momento como el futurismo italiano, el cubismo, el arte abstracto, la valoración de lo fragmentario, el surrealismo, así como la nueva estética esperpéntica que en España experimentaba Ramón del Valle Inclán.

Se debe señalar que durante este periodo la producción de Azuela que había detonado la temática revolucionaria en su etapa armada no tuvo repercusión, ni en los lectores, ni en el ámbito cultural de la época. Quizá por ello Azuela ya no quiso abordar esa realidad violenta que había capturado en *Los de abajo* y prefirió refugiarse en textos narrativos que tocaran

aspectos humanos más personalizados tratados formalmente desde una perspectiva menos tradicional<sup>1</sup>.

La poca repercusión de la narrativa de Mariano Azuela se debió, en buena medida, a que los lectores potenciales de su novela, *Los de abajo*, eran trabajadores y campesinos de provincia que eran analfabetos o semianalfabetos, además de que la distribución de los libros al interior del país estaba mal coordinada<sup>2</sup>. En la capital las personas que buscaban y gustaban de la literatura no estaban interesadas en historias y acontecimientos que se desarrollaran en poblados recónditos y en rancherías inaccesibles. Por otra parte, es importante mencionar que los escritores y críticos del primer lustro de la década de los veinte, o eran de extracción porfirista o eran simpatizantes del Ateneo de la Juventud, los cuales no supieron ni quisieron asimilar o comprender el valor político, social y literario de esta nueva propuesta narrativa. También es conveniente decir que durante la presidencia del caudillo Álvaro Obregón (1920-1924) las masas conformadas por trabajadores, obreros y campesinos apenas se encontraban en el inicio de un desarrollo que estaba lejos de adquirir el peso y el protagonismo político que adquirirían en la gestión del presidente Plutarco Elías Calles (1924-1928) y en el periodo del denominado maximato (1929-1934)<sup>3</sup>, gracias al papel fundamental que aparentemente tenían en los programas políticos de los nuevos gobiernos surgidos de la Revolución.

Estas masas, campesinas y obreras, todavía no tenían una conciencia social y política sólida y, por lo tanto, todavía no estaban en condiciones de apoyar una literatura

---

<sup>1</sup> Debemos señalar que en las novelas que Mariano Azuela escribió durante este periodo no encontramos en la aplicación de las nuevas técnicas las formas expresivas idóneas de un escritor que alcanzó sus máximos logros utilizando un estilo directo y claro.

<sup>2</sup> Cfr. Adalbert Dessau. "Los de abajo, repercusión y valor" en *La novela de la revolución mexicana*, México, FCE, 1973.

<sup>3</sup> Se conoce como Maximato al periodo en que el general Plutarco Elías Calles fue proclamado "Jefe Máximo de la Revolución mexicana" después del asesinato del caudillo Álvaro Obregón acaecido en 1928 en el restaurante "La bombilla" de San Ángel.

estrictamente revolucionaria. Así, podemos decir que la narrativa de la Revolución estuvo supeditada, en un principio, al impulso que el presidente Plutarco Elías Calles y los posteriores mandatarios que éste impuso durante los años del Maximato, otorgaron a las fuerzas obreras y campesinas.

Tiempo después, el general Lázaro Cárdenas durante su mandato (1934-1940) de auténtica participación popular y de una franca y decidida orientación revolucionaria vio cómo, un movimiento de unidad nacional que surgió durante su sexenio<sup>4</sup>, le proporcionaba a estas manifestaciones narrativas una nueva atmósfera, nuevas temáticas (ya no sólo se iban a relatar aspectos de la lucha armada, sino también problemáticas y visiones críticas derivadas de la revolución “hecha gobierno”) y una nueva vitalidad que repercutiría en una promoción de narradores que reflejarían e interpretarían las distintas caras de la revolución: la lucha por el poder, la problemática indígena, el conflicto del petróleo, las desavenencias proletarias, la reforma agraria, la guerra cristera y sobre todo, la cara de los políticos, líderes, dirigentes y demagogos que se enriquecían y beneficiaban tomando como bandera a la Revolución<sup>5</sup>.

Para este tiempo la narrativa surgida de la Revolución se convirtió en un hecho consumado y las obras más representativas fueron editadas en varios países hispanoamericanos y en España (país en donde algunas de estas obras aparecieron por vez primera<sup>6</sup>). Las traducciones no se hicieron esperar y muchas de estas creaciones también

---

<sup>4</sup> Lázaro Cárdenas fue el primer mandatario del siglo XX que tuvo una gestión presidencial de seis años.

<sup>5</sup> La lucha por el poder la observamos en *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán; la problemática indígena está presente en *El resplandor* de Mauricio Magdaleno; el conflicto del petróleo aparece en *Huasteca* de Gregorio López y Fuentes; las desavenencias proletarias se reflejan en *La ciudad roja* de José Mancisidor; la Reforma Agraria se menciona en *San Gabriel de Valdivias* de Mariano Azuela; la guerra cristera es el tema principal en *Los cristeros* de José Guadalupe de Anda y la cara de los políticos, líderes, dirigentes y demagogos que se enriquecían tomando como bandera a la Revolución se ve reflejada en las novelas de Jorge Ferretis como *Cuando engorda el Quijote*, *El sur quema* y *San automóvil*.

<sup>6</sup> *Tierra caliente* de Jorge Ferretis fue editada por Espasa Calpe en 1935.

fueron apreciadas en Estados Unidos y en algunas naciones europeas. De esta forma, la novela de la Revolución, así como otras manifestaciones culturales como el muralismo<sup>7</sup>, el nacionalismo musical y posteriormente el cine de la Época de Oro de los cuarenta, se convertirían en elementos en donde México se descubriría a sí mismo y se mostraría al mundo.

Pero regresemos al primer lustro de los años veinte, época en que la narrativa de la Revolución prácticamente no tenía cultivadores ni lectores. En los primeros años de esta década no hubo una total omisión de obras que abordaran el tema revolucionario, al menos en el ámbito periodístico, ya que, por mencionar algunos trabajos sobresalientes, durante el año de 1923, el escritor nacido en Chihuahua, Rafael Felipe Muñoz, autor de *Vámonos con Pancho Villa y Se llevaron el cañón para Bachimba*, publicó por entregas en *El Universal Gráfico* sus *Memorias de Pancho Villa*<sup>8</sup>. En 1924 Teodoro Torres, autor de *La patria perdida* (novela que merece ser retomada por lectores de estos tiempos y reconsiderada por los críticos), sacó a la luz pública, también por vía periodística, *Pancho Villa, una vida de romance y tragedia*.

Por esta época fueron varios los historiadores que comenzaron a publicar artículos y a planear obras que pretendían estudiar a la Revolución en las distintas etapas de la lucha armada, desde un punto de vista social y político. Un ejemplo de este tipo de historiadores fue Alfonso Taracena, el cual vivió en carne propia la revolución maderista y tiempo después escribió una interesante biografía del llamado “Apóstol de la Democracia”.

---

<sup>7</sup> Varios críticos han hecho alusión a la recíproca influencia entre el muralismo mexicano y la novela de la Revolución, ya que ambas manifestaciones llevaron a las masas a un papel protagónico; ambas se alimentan de una realidad concreta y la mayoría de las veces cruel; ambas reflejan la miseria y la ignorancia del pueblo, así como exhiben la frivolidad y la corrupción de las clases en el poder; ambas intentan llegar a las clases populares, de ahí su estilo directo, concreto, impresionante y vigoroso, nunca alambicado y rezumante de retórica.

<sup>8</sup> Cabe señalar que entre 1938 y 1940, Martín Luis Guzmán publicaría en *El Universal* textos que fueron titulados de forma idéntica.

Otro aspecto que de forma directa propició el interés por la narrativa surgida de la Revolución fue el redescubrimiento para el público y los escritores de esa época de la novela *Los de abajo*<sup>9</sup>, el cual se dio a partir de la polémica que inició Francisco Monterde en 1924 alrededor de un artículo de Julio Jiménez Rueda que aludía a “El afeminamiento de la literatura mexicana” y a la inexistencia de una “literatura viril”. Francisco Monterde puso en la mesa de discusión la novela de Azuela<sup>10</sup> y a partir de ese momento las reediciones de ésta y otras novelas del escritor jalisciense, correspondientes a su primera etapa en donde hacía mención a la etapa armada de la Revolución no se hicieron esperar e incluso se realizaron traducciones a otros idiomas.

De este modo se fue preparando el terreno para que en 1928 se observara una nueva fase de la narrativa de la Revolución con la publicación de las distintas estampas que integran *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán. Viene a colación decir que los distintos cuadros episódicos que conforman este libro eran mandados por el autor desde Madrid a nuestro país para que aparecieran en *El Universal*. A partir de este momento y hasta el último año de la década siguiente, aparecieron textos de manera ininterrumpida en el panorama literario de México que vendrían a consolidar las diferentes modalidades o subgrupos temáticos<sup>11</sup> del ciclo que conformarían, desde ese entonces, la denominada “novela de la Revolución”.

---

<sup>9</sup> Francisco Monterde en su libro *Figuras y generaciones literarias* menciona que el desconocimiento que se tuvo en la capital de esta obra se debió a que originalmente apareció editada en un folletín en El Paso, Texas, donde sólo pudieron leerla aquéllos a quienes más interesaba y en la ciudad de México, que estuvo aislada debido a las distintas facciones en pugna que se la disputaban furiosamente en el terreno militar, no existía el ambiente literario propicio para las obras que trataran temas de la revolución y evocaran la lucha entre hermanos. Ver: “La novela de la Revolución” en *Figuras y generaciones literarias*, México, UNAM, 1999 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 127).

<sup>10</sup> Francisco Monterde, “Mariano Azuela y su obra” en *Figuras y generaciones literarias*, ed. cit.

<sup>11</sup> Juan Coronado en su artículo “La narrativa de la revolución mexicana” (publicado en *Thesis. Nueva revista de Filosofía y Letras*, abril, 1982) propone la siguiente clasificación: 1. La lucha armada, representada por *Los de abajo*; 2. El caudillismo, representado por *La sombra del caudillo*; 3. La problemática indígena,

De manera categórica, podemos decir que no hubo un solo año en la década de los treinta en que no apareciera un texto significativo de esta retomada narrativa de la Revolución<sup>12</sup>. Fue durante esta década que los autores más representativos del género (a excepción de Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán, por supuesto) sacaron a luz sus obras más notables. De esta década proceden la mayor parte de las obras que Antonio Castro Leal seleccionó para los dos volúmenes que constituyen su famosa y difundida antología aparecida en 1960 titulada *La novela de La Revolución Mexicana*. En esta antología, por cierto, muchos escritores y textos que tenían los méritos suficientes para aspirar a ocupar un lugar, al no ser escogidos por Castro Leal, prácticamente fueron sacrificados y quedaron condenados al olvido. Quizá sería buena idea elaborar para los lectores de este tiempo una nueva antología de la narrativa de la Revolución y considerar a autores como Jorge Ferretis, Xavier Icaza, Teodoro Torres, Rosa de Castaño o Enrique Othón Díaz y poner en circulación alguna otra novela de Gregorio López y Fuentes, Mauricio Magdaleno o José Mancisidor que no aparecen en la antología anteriormente señalada<sup>13</sup>. Estas obras que también merecen ser leídas por un público más amplio y heterogéneo sólo han sido publicadas esporádicamente en colecciones hoy inconseguibles como la Tercera Serie de Escritores Mexicanos o la colección “La Matraca” que Premiá, editora de libros, en colaboración con la SEP, publicó a principios de los años ochenta, lo cual dificulta hoy en día su lectura, su difusión y su revaloración.

---

representada por *El resplandor*; 4. la problemática provinciana representada por *Al filo del agua*; 5. El mito de la Revolución, representado por *Pedro Páramo*.

<sup>12</sup> Juan Coronado en el artículo citado menciona que no todas las obras que conforman la llamada “Novela de la Revolución” son propiamente novelas, sino testimonios, reportajes, memorias, autobiografías o relatos, por ello considera que es más exacto llamar a este fenómeno literario “Narrativa de la Revolución Mexicana”.

<sup>13</sup> Por ejemplo, *Acomodaticio* y *Los peregrinos inmóviles* de López y Fuentes; *La asonada* y *La ciudad roja* de Mancisidor ; *El compadre Mendoza* y *Sonata* de Magdaleno.



A continuación enlisto algunas de las obras narrativas más sobresalientes que aparecieron entre los años 1930 y 1939 que considero pertinente mencionar y comentar someramente algunas de ellas para comprender de una mejor manera el contexto en que surgieron las obras narrativas de Jorge Ferretis, especialmente *San automóvil*, objeto del presente estudio.

- 1930. *La revancha* de Agustín Vera.
- 1931. *Vámonos con Pancho Villa* de Rafael F. Muñoz. *Cartucho* de Nellie Campobello. *Campamento* de Gregorio López y Fuentes.
- 1932. *Apuntes de un lugareño* de José Rubén Romero. *Tierra* de Gregorio López y Fuentes.
- 1933. *Liberación* de Roque Estrada.
- 1934. *¡Mi general!* de Gregorio López y Fuentes. *Desbandada* de José Rubén Romero.
- 1935. *La patria perdida* de Teodoro Torres. *Tierra caliente* de **Jorge Ferretis**<sup>14</sup>. *El indio* de Gregorio López y Fuentes.
- 1936. *Mi caballo, mi perro y mi rifle* de José Rubén Romero. *Concha Bretón* de Mauricio Magdaleno.
- 1937. *Cuando engorda el Quijote* y *El sur quema* de **Jorge Ferretis**. *El Resplendor* de Mauricio Magdaleno.
- 1938. *San Gabriel de Valdivias* de Mariano Azuela. *San automóvil* de **Jorge Ferretis**.
- 1939. *Transición* de Rosa de Castaño.

---

<sup>14</sup> Resalto en negritas las novelas de Jorge Ferretis, ya que las comentaré no el orden cronológico de esta lista, sino en un apartado que resulta más conveniente a mis propósitos de estudio.

Todavía en la década de los cuarenta aparecieron obras que aludían en forma directa a la Revolución que tuvieron una gran importancia y difusión<sup>15</sup>, pero estas publicaciones ya no surgieron con la regularidad y abundancia que la década anterior había mostrado.

Podemos decir que en toda la década de los treinta los novelistas tuvieron la urgencia de revelar la auténtica naturaleza de la Revolución, además de contemplar y analizar lo que había acontecido, es por ello que en muchas de estas obras encontramos protestas como en *San Gabriel de Valdivias*, desencantos como en *El resplandor*, desilusiones como en *El indio* y posturas concretas como en *Tierra*. En muchas ocasiones encontramos cómo la lucha encarnizada por el poder borraba por completo las intenciones de solucionar cuestiones sociales, de ahí que sobreviniera el pesimismo, el desencanto y la frustración.

Cabe destacar que las novelas que se escribieron a partir de 1931 muestran algunas características afines al género como puede ser la narración lineal y episódica, y la aparición de personajes que apenas estaban en proceso de construcción. Lo anterior puede explicarse a que en las obras de este periodo el aspecto puramente literario quedaba subordinado a la urgencia que sentía cada escritor por expresar cómo pasaron los acontecimientos. Lo anterior lo podemos apreciar de manera más concreta en las novelas que, a partir de *¡Mi general!* (1934) del escritor veracruzano Gregorio López y Fuentes orientaron los aspectos temáticos y argumentales a la realización de una crítica directa y desencantada de la nueva realidad corrupta y convenenciera en la que estaban inmersos los políticos, líderes y dirigentes de las gestiones presidenciales del caudillo Álvaro Obregón

---

<sup>15</sup> A lo largo de esta década surgieron obras dignas de consideración como *Se llevaron el cañón para Bachimba* de Rafael F. Muñoz, *La rosa de los vientos* de José Mancisidor, *Acomodaticio* de Gregorio López y Fuentes, *Tropa Vieja* de Francisco L. Urquizo, *La negra Angustias* de Francisco Rojas González y *La escondida* de Miguel N. Lira.

(1920-1924) y principalmente de su sucesor Plutarco Elías Calles (1924-1928), así como de los mandatarios impuestos por éste último durante el llamado maximato, en el cual gobernaron de manera sucesiva Emilio Portes Gil, Abelardo L. Rodríguez y Pascual Ortiz Rubio, éste último primer presidente surgido del recientemente creado partido oficial, denominado Partido Nacional Revolucionario.

En *¡Mi general!* de López y Fuentes se narra de manera autobiográfica cómo un hombre que sobrevive a la lucha armada del lado del bando vencedor se encumbra en las posiciones políticas y sociales e incluso llega a ser considerado por el grupo al que pertenece como “presidenciable”; sin embargo, malas decisiones y traiciones internas de su facción le revelan que no posee ni la educación ni las influencias necesarias para mantenerse con solidez en las esferas del alto poder, por lo cual tiene que regresar a su pueblo pobre y resignado.

Un año después, el propio López y Fuentes con la publicación de su novela *El indio*, ganadora del Premio Nacional de Literatura, inicia dentro de la narrativa de la Revolución, la veta indigenista, la cual sería cultivada de manera recurrente por escritores de ésta y otras décadas posteriores<sup>16</sup>. En esta obra de protesta social el autor reclama a los nuevos gobiernos la separación que aún después de la gesta armada en la que había participado activamente, seguía teniendo el indio en la vida nacional. López y Fuentes precisa en esta narración que el indio no se ha incorporado a la sociedad porque se le ha considerado “otro”; su falta de fusión y asimilación marcan desde siempre sus carencias, sus necesidades, sus diferencias y sus expectativas. El problema de la “otredad” en esta obra

---

<sup>16</sup> Dentro de esta narrativa indigenista aparecieron a partir de este momento múltiples e importantes manifestaciones. A continuación menciono algunas de las novelas más significativas: en 1937 salió a la luz *El resplandor* de Mauricio Magdaleno, en 1941 surgió *Nayar* de Miguel Ángel Menéndez, en 1947 apareció *Donde crecen los tepozanes* de Miguel N. Lira, en 1948 la novela antropológica *Juan Pérez Jolote* de Ricardo Pozas, en 1952 *El canto de la grilla* de Ramón Rubín y en 1957 *Balún-Canán* de Rosario Castellanos

rebasa el terreno de lo aparente: el lugar que han tenido las etnias indígenas mexicanas desde la Conquista hasta nuestro días se traduce en marginación, despojo, ninguneo e incomprensión.

En *Mi caballo mi perro y mi rifle* (1936) José Rubén Romero narra cómo un joven se incorpora con entusiasmo y energía a la lucha armada para liberarse de su opresiva y rutinaria vida provinciana. En el transcurso de la gesta constata cómo los hombres que dan órdenes y toman decisiones en el terreno militar, en un momento dado aprovechan esta situación ventajosa para escalar posiciones políticas y sociales, así como para enriquecerse de manera ominosa. Esta novela es la aportación que José Rubén Romero hace “a la literatura del pesimismo ante la frustración del movimiento de 1910”<sup>17</sup>.

En *Concha Bretón* (1936) de Mauricio Magdaleno encontramos reunidas tres novelas cortas: *El compadre Mendoza*, *El baile de los pintos* y la que da título al volumen. La más conocida de las tres es *El compadre Mendoza*, gracias a la versión cinematográfica que de ella se hizo en la misma década en que apareció publicada<sup>18</sup>.

En esta novela corta aparece la figura de un hombre sin ideales, traicionero y ambicioso en extremo que sólo busca lucrar y no le interesa estar en uno u otro bando con tal de saciar su materialismo escandaloso.

*El resplandor* (1937) de Mauricio Magdaleno considerada por J. S. Brushwood como “la mejor novela mexicana de los treinta”<sup>19</sup>, fue una novela que le dio continuidad a la vertiente indigenista iniciada dos años antes por López y Fuentes. La narración expone la

---

<sup>17</sup> Carlos Monsiváis, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX” en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 2001, p. 1015.

<sup>18</sup> A lo largo de la década de los treinta el director de cine Fernando de Fuentes filmó tres películas de tema revolucionario: *El prisionero 13*, *El compadre Mendoza* y *Vámonos con Pancho Villa*, las cuales tuvieron una gran difusión durante este tiempo y, a la postre, se convertirían en precursoras de la llamada “Época de Oro” del cine mexicano en los cuarenta.

<sup>19</sup> John S. Bruswood, “La imagen en el espejo” en *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, FCE, 1973 (Breviarios, 230), p.354.

situación dolorosa en la que vivían los indígenas otomíes del estado de Hidalgo; se enfatiza el contraste entre sus tierras áridas y estériles y los magníficos terrenos del candidato a gobernador que, además, explota vilmente la mano de obra de los nativos.

En esta obra encontramos registrados “los procedimientos mestizos de explotación y aplastamiento y ver, ante ellos, la impotencia de una comunidad indígena”<sup>20</sup>. Los nativos aparecen hacia el final de la novela como seres que ya no creen en nada ni en nadie. Una vez más, estamos ante una obra de franca protesta social que plantea cómo la Revolución ha fracasado con respecto a solucionar la terrible situación de los oprimidos.

En *San Gabriel de Valdivias* (1938)<sup>21</sup>, Mariano Azuela consigue capturar la conflictiva vida en el campo después de la etapa armada de la Revolución. El asunto de esta novela está sustentado en el problema de la Reforma Agraria impulsada por el presidente Lázaro Cárdenas; lo anterior le sirve al autor de *Los de abajo* para lanzar la siguiente interrogante: ¿quiénes verdaderamente resultaron apoyados con dicha reforma?

En esta pieza narrativa el iniciador de la novela de la Revolución volvió a presentar una trama realista derivada de la tremenda frustración que le produjo comprobar cómo los nuevos líderes agrarios se beneficiaban y enriquecían ilícitamente.

Como podemos darnos cuenta, la década de los treinta fue ubicua y variada con respecto a los tratamientos, posturas e inclinaciones que los escritores de la Revolución dieron a sus obras. Es pertinente mencionar que de manera paralela a las obras que durante este periodo detectaron, reconocieron y criticaron los problemas del país, así como las recurrentes fallas de los gobiernos posrevolucionarios como las señaladas y comentadas en los párrafos

---

<sup>20</sup> Carlos Monsiváis. Op. Cit., p. 1014.

<sup>21</sup> En otras tres novelas publicadas durante este periodo (1937-1940) Azuela expresó su amarga censura de la situación política de la Revolución: *El camarada Pantoja* (1937), denuncia contra la política y los dirigentes en el régimen de Calles; *Regina Landa* (1939), crítica del efecto stupidizador de la burocracia, capaz de trocar hombres bien intencionados y entusiastas en instrumentos mediocres de la administración y *Avanzada* (1940), novela que ataca a la reforma agraria y a los dirigentes obreros.

anteriores, surgieron narraciones de tendencias proletarias que pretendían liberarse del paternalismo del régimen para incorporarse al movimiento obrero mexicano<sup>22</sup>; aparecieron también novelas contrarrevolucionarias que pretendían hacer llegar a las masas, bajo el disfraz de la literatura, sus consignas y calumnias<sup>23</sup> y, finalmente, un tipo de narrativa surgida de las fuerzas pequeño burguesas radicalizadas que lograron neutralizar la influencia de la clase obrera sobre los intelectuales a partir de que el gobierno cardenista tomó a la Revolución como bandera y se encargó de su orientación ideológica<sup>24</sup>.

Dentro de esta década de producción narrativa abundante y heterogénea, considero que las novelas más sobresalientes y perdurables para nuestra historia literaria fueron aquellas que pusieron el dedo en la llaga en los errores de los gobiernos posrevolucionarios que en su lucha por permanecer en el poder hicieron a un lado las cuestiones éticas y sociales.

Fue en este tipo de tendencia novelística de “admonición reprobatoria con toda la fuerza de una realidad que pone al descubierto la corrupción del antiguo revolucionario, que repite, una vez más, el mismo juego del pobre que llega al Poder para enriquecerse y que se enriquece explotando y sacrificando al pobre”<sup>25</sup>, en donde están enmarcadas narraciones como *Cuando engorda el Quijote*, *El sur quema* y *San automóvil* de Jorge Ferretis, siendo esta última el objeto de estudio de la presente tesina.

---

<sup>22</sup> Dentro de este grupo de novelas proletarias podemos citar *Chimeneas* de Gustavo Ortiz Hernán y *La ciudad roja* de José Mancisidor.

<sup>23</sup> En este segundo grupo aparecen novelas como *Héctor* de Jorge Gram, *La virgen de los cristeros* de Fernando Robles y *Un país en el fango* de Blanca Lydia Trejo.

<sup>24</sup> En este tercer grupo aparecen novelas como *Trayectoria* de Xavier Icaza, *Protesta* de Enrique Othón Díaz y *¡Camaradas!* De Raúl Carrancá y Trujillo.

<sup>25</sup> Antonio Castro Leal, *La novela de la Revolución*, t. II, Aguilar, México-Buenos Aires, 1960, p. 20.



## II. Las novelas de Jorge Ferretis en el contexto de los treinta

Jorge Ferretis Hernández nació en Ríoverde, San Luis Potosí, el 20 de abril de 1902; esta región en donde vio la luz por vez primera pertenece a la llamada Zona Media, tierra caliente, rica y fértil con un extraordinario clima tropical que este autor reflejaría y recrearía como pocos escritores a lo largo de su producción narrativa. Tenía ocho años cuando estalló la revolución maderista, hecho que quedó registrado en su memoria, así como las otras fases armadas de la Revolución Mexicana: la Decena Trágica, el triunfo del Ejército Constitucionalista sobre las tropas federales de Victoriano Huerta, la escisión entre Francisco Villa y Venustiano Carranza, las derrotas que la División del Norte sufrió en contra del Ejército de Operaciones comandado por el general Álvaro Obregón y finalmente la muerte del “Rey Viejo” Venustiano Carranza en 1920. De esta manera, la existencia de Ferretis fue transcurriendo entre acontecimientos complejos y azarosos que determinarían la mayor parte de su producción literaria.

En el año de 1919 se inscribió en el Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí, el cual se convertiría tiempo después en la Universidad del Estado, con el objetivo de estudiar el bachillerato. A este centro académico asistió poco tiempo; seguramente la interrupción de sus estudios se debió a la precaria situación económica en la que se encontraba su familia por aquellos tiempos y al lento ritmo de enseñanza que allí se impartía, razones por las cuales decidió el escritor en ciernes convertirse en autodidacta y dedicarse de lleno a la actividad periodística<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Cfr. Guadalupe Martínez Peñaloza. *La narrativa de Jorge Ferretis*, apunte biográfico, tesis de maestría, México, UNAM, 1964. Facultad de Filosofía y Letras.



En el año de 1929, cuando tenía 27 años conoció en su estado natal a la que sería su primera esposa, Carmen Nieto, con la cual se trasladó a la ciudad de México en donde se casaron. Fue aquí donde Ferretis inició sus actividades laborales en la Secretaría de Gobernación como traductor de inglés y francés.

Aunque Ferretis nunca participó en forma directa en una batalla, el crecer paralelamente con la Revolución le hizo convertirse en un hombre comprometido con la realidad de su tiempo, siempre dispuesto a servir de la mejor forma a su país desde la plataforma que los trabajos que desempeñó en su vida le permitían, ya que supo encontrar desde un principio, acomodo en cargos públicos dentro de las instituciones creadas por la Revolución. Su carrera como funcionario siempre fue transparente y destacada, tal como lo reflejan las cartas que le enviaron personas del gobierno o del ambiente literario de su tiempo. Un hecho digno de mención aconteció en una ocasión cuando reportó el excedente de un millón de pesos después de haberse realizado el corte presupuestal. Regularmente cuando pasaba una situación parecida, el dinero se repartía entre los jefes principales de la dependencia, pero Ferretis decidió entregar el excedente a la institución superior correspondiente, lo cual suscitó reacciones escandalosas. Lo anterior refleja con nitidez un rasgo característico de su personalidad: la honradez a toda prueba (quizá Ferretis esperaba este tipo de conductas y reacciones en los dirigentes y políticos que se encontraban en las altas esferas del nuevo poder revolucionario y, al comprobar amargamente lo contrario, provocó que se convirtiera él mismo, como muchos de sus personajes, en un idealista desencantado).

En el año de 1955, durante la gestión presidencial de Adolfo Ruiz Cortines, nuestro autor fue nombrado Director General de Cinematografía. Desde este puesto de alta jerarquía, Ferretis censuró a películas extranjeras que presentaban un pueblo mexicano decrepito,

lleno de seres sucios e ineptos para defender sus valores esenciales. Otro hecho digno de mención es el que tuvo que ver con la difusión adecuada de nuestro cine en el extranjero, para lo cual se valió de los pactos de intercambio con otros países. Debemos señalar también que este escritor potosino no aprovechó jamás el peso del puesto que tenía para facilitar la filmación de alguna de sus piezas narrativas, ya que no quería por ningún motivo que lo anterior se prestara a malas interpretaciones.

La muerte lo sorprendió a los sesenta años en un accidente automovilístico cuando se dirigía a su estado natal en el año de 1962. Después de su fallecimiento se realizaron año con año conmemoraciones y homenajes en su honor, actos que estuvieron a cargo de escritores y amigos suyos en el Palacio de Bellas Artes.

Jorge Ferretis escribió únicamente cuatro novelas en su vida: *Tierra caliente*, editada en Madrid por Espasa Calpe en 1935; *Cuando engorda el Quijote*, la cual fue publicada por la Editorial “México Nuevo”, *El sur quema* que apareció bajo el sello de Ediciones Botas (ambas novelas surgieron en 1937) y finalmente las mismas Ediciones Botas sacaron a la luz en 1938 *San automóvil*, la cual es el objeto de estudio del presente trabajo. Además realizó dos volúmenes de cuentos: *Hombres en tempestad* (1941), *El coronel que asesinó a un palomo* (1952) y un cuento inédito titulado “Fulgor de trompeta”, el cual junto con otra diez narraciones, publicó el Fondo de Cultura Económica en 1967 bajo el título de *Libertad obligatoria* con un prólogo de Mauricio Magdaleno.

Jorge Ferretis en prácticamente toda su obra narrativa expone una serie de preocupaciones políticas, éticas, sociológicas y aun etnográficas, a la vez que emite ideas y reflexiones acerca del mestizaje, el indigenismo, el papel de la literatura en la sociedad y la

utopía de un hombre superior con perfiles espirituales<sup>2</sup>. Para este autor el papel social del novelista era fundamental; creía que los escritores tenían la obligación de fomentar el interés alrededor de los problemas nacionales en las nuevas generaciones, así como una correspondencia directa entre la clase gobernante y los intelectuales para que, de esta manera, surgiera un ambiente propicio para el desarrollo y cultivo de la obra literaria.

La narrativa de este escritor potosino supura un sentimiento de desencanto, frustración y decepción de los logros aparentes que se habían conseguido durante la etapa armada de la Revolución. Sus personajes novelescos fusionan desilusión y fracaso que de manera persistente los asedia en su existencia y en sus ideales. Lo anterior se desprende de una revolución corrompida y contaminada que, una vez organizada y hecha gobierno, dirige a una sociedad que observa asqueada cómo la nueva clase “revolucionaria” se enriquece y se beneficia a la sombra de las nacientes instituciones.

A continuación procedo emitir algunos comentarios acerca de las novelas de Ferretis para observar y detectar las correspondencias y similitudes temáticas, ideológicas y sociales que existen entre ellas para poderlas identificar y reconocer finalmente en la novela que nos ocupa en esta tesina: *San automóvil*.

La novela *Tierra caliente* (1935), sugerentemente subtitulada “Los que sólo saben pensar”, está considerada por la crítica como la mejor obra narrativa de las escritas por el autor; tenía, según el autorizado juicio de Mauricio Magdaleno, la calidad suficiente para haber sido incluida en la antología realizada por Antonio Castro Leal.

En esta obra se narra la llegada de un grupo de revolucionarios a un pueblo tropical al mando de un coronel que antes había sido catedrático universitario (cualquier parecido con

---

<sup>2</sup> En su narrativa Ferretis pretendía mostrar a hombres representativos de la nueva cosecha de valores humanos del mestizaje que no obstante moverse entre incertidumbres son tipos de mayor consistencia humana.

la pieza teatral *El gesticulador*, de Rodolfo Usigli, es mera coincidencia), el cual, al ser herido tiene que quedarse en el lugar más tiempo del que tenía planeado, mientras sus compañeros de campaña tienen que seguir adelante. Este intelectual, aunque aparentemente es un revolucionario convencido, no es un hombre de combate o de acción sino un ser de “los que sólo saben pensar”.

El protagonista es un hombre tranquilo que se enamora de la hija del dueño de la finca donde se recupera de su herida, pero ésta al final de la novela se casa con un antiguo ayudante del coronel que regresa triunfante del campo de batalla convertido en general. Por estos motivos el personaje central concluye que la realidad que lo circunda está muy lejos de coincidir con sus conceptos idealistas.

*Tierra caliente* es una obra novelística en la que su autor, como en muchas de sus creaciones narrativas, antepone aspectos éticos y sociales por encima de la creación artística. A Ferretis le interesa denunciar, poner el dedo en la llaga en los problemas candentes del país; está consciente que “divagando, se corre el riesgo de restar fuerza a las narraciones”<sup>3</sup>; por esto lanza las siguientes preguntas: “¿La novela tiene que ser escuetamente argumental? ¿Lo pide así nuestro borroso tipo de cultura?”<sup>4</sup>, y él mismo se contesta “como en mi *Tierra caliente*, persisto en mi propósito de injertar novelas con páginas de ensayo”<sup>5</sup>.

*Cuando engorda el Quijote* (1938) es la narración de mayor extensión de las escritas por Jorge Ferretis. En esta obra el autor arremete contra aquellos hombres que confundieron el bandolerismo con la Revolución; contra aquéllos que “engordaron” con el poder y se guarnecieron en la nueva situación creada por ésta. Sin embargo, hacia el final de la novela

---

<sup>3</sup> Jorge Ferretis, “Actitud”, en *El sur quema. Tres novelas de México*. México, Ediciones Botas, 1937, p. 7.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 7.

la muerte del protagonista, Ángel Mallén, en una manifestación sindical, deja entrever que todavía puede haber cierta dosis de esperanza. Su esperanza está apoyada en la existencia de dirigentes honrados y en líderes que, al no contaminarse con la nueva situación creada por la Revolución, sean capaces de comandar a las diferentes capas de la sociedad mexicana urbana y rural a la consecución de proyectos e ideales forjados en las distintas etapas de la gesta armada. En su agonía Mallén exclama: “yo no puedo morir... Tengo que ver esta revolución... que se realiza... a pesar de tantos fantoches trágicos...”<sup>6</sup>.

En la nota preliminar de esta novela que merece ser estudiada y releída desde una óptica crítica distinta a aquélla que la descalificó en su tiempo, Jorge Ferretis expresa por sí mismo su sueño y su fe: “Esta era una revolución, que sigue siéndolo. Porque en materia de logros, acaba de empezar”<sup>7</sup>.

*El sur quema* (1937) es un volumen constituido por tres novelas cortas: *Lo que llaman fracaso*, *Cuando bajan los cuervos* y la que da título al libro. En las tres narraciones el autor muestra su desencanto, “aquel que nos apretaba el corazón como un puño a millares de quienes, hacia 1932, veíamos cómo los hombres del poder manoseaban a la Revolución y la prostituían”<sup>8</sup>.

En la primera novela corta de este libro, *Lo que llaman fracaso*, aparece un hombre que se incorpora a la lucha armada y una vez finalizada ésta, como muchos otros, obtiene un empleo en la capital del país en la naciente burocracia de las nuevas instituciones surgidas de la Revolución. El jefe de la dependencia decide quitarle su plaza para dársela a otro de “mayores méritos”. Poco después es reinstalado en un puerto lejano en donde descubre un contrabando de oro; al hacer el reporte a los dirigentes, éstos tratan de sobornarlo, pero no

---

<sup>6</sup> Jorge Ferretis, *Cuando engorda el Quijote*, México. Editorial “México Nuevo”, 1937, p. 267.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>8</sup> Jorge Ferretis, “Actitud”, en *El sur quema. Tres novelas de México*, ed. cit., p. 8.

acepta y es destituido de su empleo por haberle encontrado supuestas anormalidades en su desempeño. Regresa a su pueblo y ahí encuentra el amor en una mujer que le da un hijo. Se da cuenta que la Revolución está contaminada y lo mejor es alejarse, así como olvidarse de ella por completo.

En *Cuando bajan los cuervos*, Ferretis arremete desde el inicio de la novela en contra de los camanduleros de la Revolución: “los generosos increpadores llegaron a ser una multitud; y como estaban convencidos de que las aspiraciones de las masas son benditas, el bienestar económico llegó para todos los que formaban aquella multitud, la de los paladines que pululaban entre curules, tesorerías y despachos”<sup>9</sup>.

En esta novela un grupo de misioneros médicos llegan a un remoto poblado indígena<sup>10</sup> en donde “su trabajo inicial consistió en inspirar confianza”<sup>11</sup>. Una vez eliminado el recelo los médicos pudieron realizar su labor y salvar de infecciones y epidemias a docenas, centenas de nativos. La empresa social se convierte en un éxito, pero cuando las autoridades comienzan a ver peligroso el liderazgo que entre los indígenas tenían los misioneros, deciden retirar su apoyo material y asesinan a su jefe.

*El sur quema* es una novela en la que los dos protagonistas son antagónicos: Humberto es un joven blanco, educado, cortés, bien vestido; María es mestiza y en su fisonomía sobresalen los rasgos indígenas, es reservada y desgarbada en su forma de vestir. Aparentemente se contraponen, pero inician una amistad que desemboca en una relación amorosa que los lleva a abandonar la ciudad e irse a un poblado indígena del norte de México en donde la madre de María es la matrona; se van porque “en las ciudades se

---

<sup>9</sup> Jorge Ferretis, *El sur quema. Tres novelas de México*, ed. cit., p.56.

<sup>10</sup> Al mismo poblado en donde Pedro Ibáñez, protagonista de *Tierra caliente*, realizó labores de adoctrinamiento y enseñanza a los nativos.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 80.

enturbia Dios. La mejor compañía de los hombres son los árboles”<sup>12</sup>. Humberto y María se van al norte para encontrar la dicha y la paz en el trabajo y en el contacto con las fuerzas de la naturaleza, se alejan de “los que se vuelven locos de ambición y quieren más de lo que necesitan, la calma se les seca en el corazón y son capaces de acciones que avergonzarían a un perro”<sup>13</sup>.

La última novela que escribió Jorge Ferretis en la década de los treinta y en su vida fue *San Automóvil*. Este libro está integrado (al igual que *El sur quema*) por tres novelas cortas. La primera lleva por título *En la tierra de los pájaros que hablan*, la segunda, *Carne sin luz* y la tercera la que da título al volumen y el motivo de estudio de la presente tesina.

*En la tierra de los pájaros que hablan* nos encontramos con un poblado de México “el país maravilloso donde todo puede ser verosímil”<sup>14</sup> en el que impera la calma y la inocencia de sus habitantes. El alcalde es un hombre honrado y sencillo que incluso es respetado y admirado por la gente. Esta vida sin complicaciones se ve alterada con la llegada de dos norteamericanas que vienen huyendo de su país por cometer estafas y fraudes. Al llegar a este lugar se dan cuenta que pueden obtener sustantivas ganancias engañando a los pobladores del lugar. Consiguen su confianza y reciben grandes cantidades de dinero para comprar material y producir artesanías que serán mandadas a Estados Unidos; sin embargo, las dos mujeres comienzan a detectar la bondad e ingenuidad natural de las personas y empiezan a encariñarse: sus planes de huir con el dinero quedan desterrados. Dos policías del país del norte dan con su paradero y pretenden extraditarlas, pero la gente del pueblo intenta impedirlo, ya que han aprendido a amar a las dos mujeres, las cuales finalmente son regresadas a Norteamérica para pagar sus cuentas pendientes con la justicia.

---

<sup>12</sup> Ibid., p. 189.

<sup>13</sup> Ibid., p. 204.

<sup>14</sup> Jorge Ferretis, *San automóvil. Tres novelas*. México, Ediciones Botas, 1938, p. 11.

En esta novela corta Ferretis, como en otras narraciones suyas, pretende demostrar que las tierras y las regiones influyen en las costumbres y la manera de concebir el mundo de las personas, de ahí que algunos críticos como Antonio Magaña Esquivel, hablen de los rasgos telúricos de su obra.

*En Carne sin luz* la protagonista, Matilde, queda viuda de manera intempestiva y de un día a otro su existencia toma un rumbo inesperado. La soledad comienza a ahogarla y en una noche de tormenta sale de su casa sin darse cuenta de lo que hace y va a parar a la casa de un médico recién llegado al pueblo. A partir de esa noche comienza a surgir entre ellos una amistad que de inmediato es mal interpretada por los habitantes del lugar. A Matilde esto no le importa y, sin darse cuenta, comienza a ayudar al médico en operaciones y curaciones que éste realiza a enfermos de la región. Su amistad deriva en una relación que los conduce a recorrer otros sitios del país en donde la gente necesita la presencia de un doctor. Finalmente se establecen en un pueblo de la huasteca potosina, sitio donde Matilde descubre que está embarazada. En este lugar se da una confrontación entre el doctor y la vieja curandera de la región, a la cual los pobladores tienen una confianza absoluta.

La curandera duda de las capacidades del médico y lo reta a demostrarlas quitándose él mismo una hemorragia que ésta le provocó en la nariz con unas hierbas. Ningún medicamento puede parar la sangre y el médico comienza a desfallecer de forma gradual hasta morir de manera irremediable. Matilde lamenta dolorosamente la pérdida de su esposo y desea su propia muerte, pero en su vientre hay un poderoso motivo para aferrarse a la vida: una niña (ella sabe desde el primer momento que será niña). Una criatura que redimirá a su padre muerto y que se llamará, simbólicamente, Victoria.

En esta novela Jorge Ferretis lanza un ataque contra la ignorancia, el analfabetismo y la superstición.



*San automóvil* es la novela (de las tres que integran el volumen) que toca directamente el tema revolucionario. En esta obra Ferretis lanza los dardos de su crítica contra aquéllos que en los gobiernos de la Revolución institucionalizada encontraron acomodo y se beneficiaron personalmente. Aparece un materialismo despiadado representado en la figura de fondo del automóvil que proyecta al mismo tiempo la idea de un aparente progreso. La mayor parte de los elementos que constituyen esta novela serán examinados con detalle en los apartados destinados a ese fin.

Después de revisar algunas de las novelas más representativas del periodo que abarcan los años comprendidos entre 1930 y 1939 observamos la notable preocupación de Jorge Ferretis y de otros escritores de esa época por reconocer y enjuiciar la problemática social y política en que se encontraba el país, así como las terribles fallas de los distintos gobiernos posrevolucionarios. Todos estos autores denuncian las injusticias sociales y el desequilibrio en los ámbitos provincianos e indígenas. Presenciamos la desilusión de los campesinos a los que no les han tocado los beneficios de la Revolución. La Reforma Agraria o es muy lenta o sólo existe en el papel. El caudillismo y caciquismo de los pueblos no ha sido erradicado. Toda esta problemática, como ya apuntamos, es abordada en muchas obras que se produjeron durante este periodo.

Es pertinente señalar que en la mayor parte de las novelas escritas por esta época encontramos características similares en el aspecto formal: narraciones lineales, fragmentadas y episódicas; personajes apenas esbozados, inacabados, en pleno proceso de construcción. En estas obras “estructura, estilo, caracterización y aun ideología queda subordinado a la necesidad que siente cada autor de decirnos cómo pasó lo que pasó”.<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> John S. Brushwood, “La imagen en el espejo” en *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*. México, FCE, 1973 (Breviarios, 230), p. 354.

Lo anterior pudiera explicarse a que durante este periodo aparecieron varios autores de producción limitada que sólo escribieron entre uno y tres textos que respondían a la necesidad inmediata de reflejar de forma fidedigna y crítica las aspiraciones, manejos, dimes y diretes de la nueva clase revolucionaria que ahora tenía el poder en sus manos. La mayoría de estos creadores ejercían otra profesión y escribían sus narraciones para “satisfacer una necesidad particular de expresión, sin la menor intención de convertir a la composición de ficción en una actividad seria”<sup>16</sup>.

Muchos fueron los escritores que tuvieron que compaginar otra actividad o profesión con sus inquietudes literarias, tal es el caso de Jorge Ferretis quien alternó su necesidad de escribir con el cumplimiento de cargos en el gobierno estatal y federal como la diputación a la legislatura local en San Luis Potosí, la diputación del Congreso Federal, la oficialía mayor de la Cámara de Diputados y la Dirección General de Cinematografía.

Sin embargo, en la narrativa de Jorge Ferretis sí detectamos una clara intención de trascender la anécdota para hacer de la literatura un ejercicio intelectual pleno en el que encontramos inconformidades, descontentos, desilusiones pero, sobre todo, una profunda preocupación por no ver cristalizados los proyectos e ideales de la Revolución

---

<sup>16</sup> Ibid., p. 357.

### III. Políticos y dirigentes logreros durante la presidencia de Plutarco Elías Calles y el Maximato

El trasfondo histórico en que se desarrolla la parte medular de la novela corta *San automóvil* de Jorge Ferretis es el periodo posrevolucionario que se conoce con el nombre de maximato. Esta etapa comprende de 1928, año en que fue asesinado el caudillo sonorense Álvaro Obregón por el fanático religioso José de León Toral, a 1934, tiempo en que inicia el sexenio presidencial de Lázaro Cárdenas. Algunos historiadores consideran que el maximato se extendió hasta 1935, momento en que el mandatario michoacano mandó al exilio al antiguo maestro de Guaymas.

La ubicación temporal de *San automóvil* durante este periodo de la historia mexicana del siglo XX no admite ningún tipo de duda o confusión. El narrador extradiegético empleado por Ferretis en esta obra narrativa, expresa, refiriéndose a un personaje incidental que hace alusión directa a la figura de Plutarco Elías Calles, lo siguiente:

Con su andar ondulante y quebradizo. Patricia entraba repartiendo saludos por todas las mesas. Sobrina de unos de los políticos más viejos, (tan mañoso y fuerte que se hacía sentir como el propietario de México) aquella mujer era la sensación de los salones<sup>1</sup>. (p. 163)

Y en líneas subsiguientes reafirma:

...y su viejo tío, que sabía abofetear generalotes, escupir diputados y patear a su pueblo, no tenía suficiente autoridad para reprimir los escándalos de aquella hembra caprichosa que gustaba de hacerse seguir por turbas de admiradores... (p. 163)

Las citas anteriores nos ubican de inmediato en la época en que el “hombre fuerte”, Plutarco Elías Calles, ya había sido nombrado “Máximo jefe de la Revolución mexicana” debido al vacío de poder que había dejado la muerte del caudillo Álvaro Obregón y desde

---

<sup>1</sup> Todas las citas de *San automóvil* de Jorge Ferretis corresponden a la edición de Ediciones Botas, México, 1938.

ese pedestal imponía a la nación presidentes manipulables, “peleles” como el Lic. Emilio Portes Gil, el general Abelardo L. Rodríguez y el general Pascual Ortiz Rubio, éste último el primer presidente surgido del recién creado Partido Nacional Revolucionario<sup>2</sup>. Por aquellos años era un lugar común el que se dijera “aquí vive el presidente, pero el que manda vive enfrente” expresión que se refería al “poder detrás del trono”, que poseía de manera innegable, Plutarco Elías Calles. En una obra de la época, *Acomodaticio. Novela de un político de convicciones*, del escritor veracruzano Gregorio López y Fuentes, se relata con ironía una anécdota que ejemplifica lo anterior:

“Dicen que él –casi nunca se menciona al personaje- se hallaba en una de las ventanas que miran hacia el lago y vió pasar en una lancha a quien es tenido por *mandamás*. Tal vez existía un disgusto entre los dos, porque el que estaba arriba amenazó diciendo: ¡Sepa usted que aquí yo mando! Y que el otro respondió, a tiempo que levantaba el remo: Pues yo... remando...”<sup>3</sup>.

Pero veamos la manera como se forjó este poder ilimitado que llegó a tener el denominado “Máximo jefe de la Revolución Mexicana”. Durante la gestión presidencial del vencedor de los campos de Celaya, general Álvaro Obregón (1920-1924), Plutarco Elías Calles fungió como Secretario de Trabajo, puesto desde el cual se reveló como un hombre de grandes cualidades políticas y como un ser que, paulatinamente, se hizo indispensable en los proyectos de la política obregonista. Calles se convirtió en el complemento ideal que “El manco de Celaya” necesitaba para fortalecer un gobierno revolucionario estable y bien consolidado. Los dos políticos sonorenses se dieron cuenta por ese tiempo que la clave para la perdurabilidad de un gobierno revolucionario sólido y trascendente estaba en seguir:

---

<sup>2</sup> Este partido fue creado a partir de la necesidad de institucionalizar la Revolución Mexicana después del asesinato del caudillo Álvaro Obregón, el cual ya había pensado en la posibilidad de fusionar en una sola fuerza política a las distintas facciones revolucionarias. Este proyecto finalmente fue consumado por Plutarco Elías Calles a finales de 1928.

<sup>3</sup> Gregorio López y Fuentes, *Acomodaticio. Novela de un político de convicciones*, México, Ediciones Botas, 1942. p.52.

...una línea de masas cuyo objetivo esencial era conjurar la revolución social, manipulando a las clases populares mediante la satisfacción de demandas limitadas (tierra para los campesinos, mejores niveles de vida para los trabajadores urbanos); más tarde, entre 1929 y 1938, las masas fueron enclavadas en un sistema corporativo proporcionado por el partido oficial y las organizaciones sindicales semioficiales y dentro del cual siguieron planteándose y resolviéndose las reformas sociales<sup>4</sup>.

Es pertinente señalar que el cuatrienio presidencial de Plutarco Elías Calles (1924-1928) se caracterizó por llevar a cabo una reforma hacendaria severa, por haber moralizado y fortalecido las fuerzas armadas y porque durante este periodo se desencadenó el conflicto cristero, conflicto que por sí mismo propició el surgimiento de otra vertiente de la narrativa de la Revolución: la novela cristera<sup>5</sup>. Otro elemento característico de la gestión presidencial de Calles y posteriormente del periodo denominado maximato fue el notable ambiente de corrupción que propició que muchos connotados revolucionarios amasaran fortunas escandalosas.

La reforma hacendaria durante la presidencia de Plutarco Elías Calles tuvo como objetivo primordial obtener mayores ingresos para el Estado, conseguir una auténtica reestructuración del aparato fiscal, la solidificación de un sistema bancario fuerte, capaz de asegurar y estimular las actividades económicas, así como el reacondicionamiento del crédito interior y exterior.

Los anteriores elementos hacendarios instaurados por Calles, proporcionarían a sus sucesores políticos, quienes emanarían del futuro Partido Nacional Revolucionario, la estabilidad que necesitaba México para su desarrollo. Lázaro Cárdenas entendió esto de manera temprana y comprendió que las masas obreras y campesinas debían alcanzar un

---

<sup>4</sup> Arnaldo Córdova, *La formación del poder político en México*, México, Edit. Era, 2000, p.33.

<sup>5</sup> Como podemos darnos cuenta, el lector de todas estas manifestaciones narrativas debe tener de manera previa un conocimiento más o menos parcial, o completo si es posible, de la historia de la Revolución mexicana en sus diferentes fases o etapas, ya que en este tipo de textos, literatura e historia van de la mano y se encuentran unidos en una especie de matrimonio indisoluble.

bienestar laboral y social que se iba a ver reflejado en una paz interna que repercutiría en la prosperidad de la “familia mexicana”.

La otra transformación institucional de sólida trascendencia política efectuada durante este periodo fue la que se realizó en el interior del ejército por el general Joaquín Amaro, el cual había fungido como secretario de Guerra desde la gestión del general sonoreense Álvaro Obregón y supo aprovechar la eliminación de un gran número de caudillos militares que este último realizó después de aplastar la rebelión encabezada por Adolfo de la Huerta en 1923, para moralizar, educar y formar a un ejército digno y totalmente leal al gobierno.

Las tensiones que surgieron a partir de las modificaciones que se hicieron a la Constitución en 1917 entre la Iglesia Católica y los gobiernos revolucionarios tuvieron su momento crítico en 1926 a raíz de una declaración emitida por un arzobispo relacionada con los cambios constitucionales que afectaban a la Iglesia, declaración que el presidente Calles tomó como un desafío y de inmediato mandó cerrar escuelas y conventos, así como deportó a 200 sacerdotes extranjeros. Ante esta medida las autoridades eclesiásticas respondieron suspendiendo la celebración de cultos religiosos.

Fue así como estalló la guerra cristera, la cual tuvo desde un principio un carácter rural, aunque los líderes de la LNDR (Liga Nacional de la Defensa de la Libertad Religiosa) estuvieron concentrados en las ciudades. Los principales estados de lucha cristera fueron Jalisco, Guanajuato, Colima y Michoacán.

Durante el Maximato, fue el presidente interino Emilio Portes Gil quien en 1929 sostuvo una serie de pláticas y negociaciones con los representantes de la Iglesia Católica y finalmente se llegó a un acuerdo entre ambas partes para que se reanudara el culto en los templos.

Otro aspecto fundamental durante la gestión del presidente Calles fue el hecho de que un número considerable de la nueva clase política mejoró sustancialmente su situación económica, como consecuencia del empleo del poder político aplicado al beneficio personal. Sin embargo, lo escandaloso del asunto fue que a estos políticos y dirigentes esta situación ventajosa no les impidió continuar utilizando “el discurso revolucionario y presentándose como abanderados de los intereses de las clases populares”<sup>6</sup>.

Este ambiente de corrupción creó escepticismo y desilusión acerca de la Revolución. Y no era para menos. Veamos algunos ejemplos concretos de enriquecimiento exagerado durante este periodo de la historia de México.

El poderío económico que muchos revolucionarios mexicanos tuvieron, sobre todo durante la presidencia de Plutarco Elías Calles se puede ver reflejado en los siguientes ejemplos sobresalientes y representativos: el general Juan Andreu Almazán llegó a acumular una fortuna de veinte millones de pesos a partir de la especulación de bienes raíces y en la industria de la construcción. El secretario de Guerra desde los tiempos del Álvaro Obregón, Joaquín Amaro fue dueño de una cuadra de finísimos caballos y de varias casas de descanso. El propio Calles llegó a tener una fortuna de veinte millones de pesos; se decía que el “Máximo jefe de la Revolución” regalaba a sus amigos íntimos residencias lujosas y que realizaba depósitos de cantidades estratosféricas en bancos del extranjero. El general José Gonzalo Escobar fue uno de los que más apoyó y favoreció la gestión callista, ya que llegó a poseer grandes cantidades de dinero en bancos de Torreón y Monterrey que luego utilizó en su revuelta militar de 1929 (se dio cuenta que si como simple colaborador era inmensamente rico, como “hombre fuerte” podía convertirse en dueño de México).

---

<sup>6</sup> Lorenzo Meyer, “La institucionalización del nuevo régimen” en *Historia general de México*, Ed. cit., p. 830.

Saturnino Cedillo<sup>7</sup> llegó a ser de los más influyentes políticos nacionales e hizo del Estado de San Luis Potosí su dominio y el sitio principal de sus negocios. Unos de los casos más espectaculares fue el del general y luego presidente interino en el Maximato, Abelardo L. Rodríguez, quien como gobernador militar de Baja California, explotó negocios como hipódromos, hoteles, cantinas de lujo y salones de juego al estilo norteamericano que le redituaron una escandalosa fortuna de más de ochenta millones de pesos. Fernando Torreblanca, yerno de Calles, se convirtió en subsecretario de Relaciones Exteriores y realizó negocios que lo llevaron a ser considerado el hombre más rico de México. El corrupto líder de la CROM (Confederación Regional de Obreros de México), Luis N. Morones<sup>8</sup>, llegó a tener propiedades urbanas con un valor de un millón y medio de pesos, razones suficientes para aspirar a ocupar los más elevados puestos políticos<sup>9</sup>.

Como podemos darnos cuenta, la Revolución no sólo había proporcionado a los nuevos políticos y dirigentes que ejercían el poder en México, sino que además colaboraba con los hombres que llevaban a cabo las actividades económicas y empresariales del nuevo sistema; tales procedimientos estuvieron cimentados en una auténtica institucionalización del arte de enriquecerse a partir de normalizaciones y regulaciones pacíficas respaldadas por el sistema político mexicano.

---

<sup>7</sup> Este poderoso cacique mandó destruir las imprentas del periódico potosino desde el cual Jorge Ferretis realizaba severas críticas en sus notas y artículos de los actos de corrupción y abusos de poder que el primero cometía.

<sup>8</sup> Con el presidente Calles llegó a tener a su cargo la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo y fue considerado por el “Jefe Máximo” para ocupar la silla presidencial en el cuatrienio de 1928 a 1932. Como líder de la CROM se caracterizó por emplear métodos gansteriles de represión hacia las personas que interferían en su “trabajo” y fue por esta época que el ingenio popular decía que las siglas de este sindicato significaban *Cómo Roba Oro Morones*. Por sus escandalosos actos de corrupción, por su obesidad y por las famosas orgías que organizaba en su “coliseo” de Tlalpan fue conocido como el “marrano de la revolución”.

<sup>9</sup> Cfr. Arnaldo Córdova. *La ideología de la Revolución Mexicana*. México, Edit. Era, 1999, pp.376-377-378-379.



Fue precisamente lo anterior lo que encolerizó e indignó a escritores de la década de los treinta como Mariano Azuela, quien en novelas como *Las moscas* y *San Gabriel de Valdivias*, lanza críticas y ataques al sistema callista, lo cual propició que fuera catalogado por esa época como un escritor reaccionario; como Mauricio Magdaleno, quien después de participar en la cruzada vasconcelista de 1929<sup>10</sup>, escribió la magnífica novela *El resplandor*, obra en que este escritor zacatecano demuestra que ni la moralidad administrativa ni la democracia se habían consumado a favor de los campesinos y los indígenas de nuestro país; y como Jorge Ferretis, narrador que en novelas como *Cuando engorda el Quijote*, *Cuando bajan los cuervos*, *Lo que llaman fracaso* y *San automóvil*, expone y denuncia cómo los ideales y nobles propósitos revolucionarios han engordado y se han corrompido; cómo bajaron “los cuervos” a alimentarse y hartarse de la carroña que había dejado una revolución manoseada y prostituída; cómo muchos hombres que en una primera instancia sí creyeron en la reformas y en los cambios expresados en los discursos y en los documentos políticos, terminaron dándose cuenta que sólo el fracaso personal y colectivo se podía divisar en el panorama inmediato de la vida nacional y cómo el automóvil, símbolo de las sociedades modernizadas del siglo XX, era un elemento idóneo para aplastar y atropellar, real y metafóricamente hablando, a los desposeídos.

---

<sup>10</sup> En este año José Vasconcelos contendió en las elecciones presidenciales y “aparentemente” fue derrotado por el primer candidato de PNR (Partido Nacional Revolucionario) Pascual Ortiz Rubio, lo cual representó uno de los fraudes electorales más escandalosos del siglo XX.



#### **IV. De cómo el poder quebranta los ideales y falsea a los hombres**

En *San automóvil*, Jorge Ferretis realiza un esfuerzo por captar la ascensión de un hombre surgido de un pueblo insignificante hasta llegar a las más altas esferas del poder político y social del México posrevolucionario de los treinta.

La trama de esta novela está sustentada en la trayectoria de un personaje que al conseguir el poder y la riqueza, sus pensamientos e ideales se resquebrajan y terminan por convertirse en simples vasallos; en bien remunerados servidores de una revolución que por esta época forjaba a una nueva y poderosa clase dominante que se transportaba en Packards y Cadillacs y comenzaba a construir residencias en sitios como las Lomas de Chapultepec, lugar que se convertiría, al paso del tiempo, en el estereotipo de las colonias ricas de México.

El personaje central de esta pieza narrativa lleva por nombre Santiago y en el inicio de ésta aparece aún siendo niño. Sus rasgos físicos reflejan su innegable origen popular. Las facciones de su rostro eran “como de tierra, se destacaba lo blanco de sus ojos; unos ojotes saltados, con pestañas duras como espinas negras”. (p. 147)

Santiago es presentado como un niño callado, aparentemente introspectivo, de inteligencia limitada, ya que “era incapaz de repetir una frase que acabara de escuchar” (p. 147). Sin embargo, como veremos más adelante, sus limitaciones y silencios se convertirían en grandes virtudes en su futura carrera política y social.

El protagonista de la novela asiste a una escuela primaria en la que un alumno “blanco” y “orgullosa” de su posición social acomodada sobresale en medio de compañeros pobretones y harapientos. Este singular niño no muestra ningún interés por aprovechar las

lecciones que imparte el maestro; considera que no le hacen ninguna falta, ya que el dinero que hay en su casa será el único factor que le hará triunfar en la vida. Cabe señalar que el padre de este niño es el dueño del único automóvil que existe en el pueblo. Este auto provocaba en todos los habitantes del lugar una notable admiración y en Santiago hizo que brotara desde un principio, una extraña fascinación por este artefacto que, a la postre, se convertiría en la obsesión de su vida.

Santiago al querer poseer un auto a como dé lugar, le propone a su padre adquirir uno, a lo que éste último se niega rotundamente. El protagonista insiste, pero su progenitor no puede concebir siquiera esta idea, ya que un auto no entra en sus esquemas mentales por pertenecer a otra época y otro tiempo. Transcurren los meses y Santiago deja de asistir a la escuela; sin embargo, su obsesión por el auto permanece intacta.

Su papá, dueño de un tendajón, es un hombre "casi de tan poco hablar como su descendiente. Enteco, hosco, gruñón, con escasos pelos que jamás se afeitaba" (p. 149) acostumbraba salir a las ranherías a conseguir manteca de cerdo a bajo precio y en una de estas ocasiones lo sorprendió un chubasco que le acarreó una "fiebre que por poco sacaba humo de las almohadas sucias" (p. 154). Esta enfermedad le propicia la muerte y de forma imprevista Santiago queda huérfano y con la inmediata posibilidad de adquirir un auto, mismo que compra al vender una huerta que le deja su padre. Fue entonces que pudo descubrir "el secreto de algunos hombres contemporáneos: el vehículo los torna omnipresentes". (p. 155)

El automóvil le cambia la vida a Santiago. Se comienza a ver a sí mismo como otro hombre; las personas del pueblo voltean a ver sorprendidas las nubes de polvo que levanta su armastote por los caminos:

“polvo de verdad, que levantaba su automóvil por las calles del pueblo. Polvo y admiración, porque ¡cómo lo veían las gentes! ¡Quién iba a imaginarse que el hijo del tendero difunto pasease en automóvil! En un automóvil que además de caminar solo (todavía) como los demás automóviles, diferenciábase de todos, en que aquel era de Santiago. ¡Indiscutiblemente de Santiago! ¡Y ya lo saludaban gentes que no se fijaban antes en él!”. (p. 156)

El viejo auto de Santiago poco a poco comenzó dar problemas; el motor no arrancaba, la suspensión empezó a tronar por todas partes, las viejas llantas empezaron a poncharse. Fue entonces cuando un nuevo pensamiento comenzó a invadirlo: compraría un nuevo auto que estuviera a la altura de las circunstancias. No iba a permitir que la población hiciera chistes a costa de su coche. Vende entonces la casucha en donde estaba el tendajón de su padre, pero el dinero no le ajustaba para lo que él pretendía comprar.

Por ese tiempo un militar politiquero local realizaba su campaña para llegar a la presidencia municipal y lo convence para que con ese dinero le ayude a financiar su promisoría carrera política. De esta manera Santiago gastó su dinero en “cartelones, cohetes, algo de aguardientes y muchos gritos que lo aclamaban como a uno de los hombres que necesitaba el pueblo”. (p. 158)

De forma intempestiva Santiago se encuentra convertido en Regidor del Honorable Ayuntamiento y al poco tiempo “ya se deslizaba dignamente sobre neumáticos por entre el lodo de aquellas calles, en un automóvil que relumbraba de puro nuevo”. (p. 158)

Su puesto político lo desempeña con aparente seguridad y su falta de conocimiento y sapiencia en los asuntos del Ayuntamiento los sustituye con silencio y “aquella su increíble escasez de comentarios le dio fama de prudentísimo”. (p. 158)

Fue entonces cuando Santiago comenzó a mover los hilos de su nuevo poder en beneficio propio: mandó construir un camino para que su flamante automóvil pudiera circular a gran velocidad ante la admiración de todos “y aunque no dejaron de filtrarse los dineros por los

bolsillos de los munícipes, casi la mitad se gastó efectivamente, en abrir una carretera”. (p. 159)

De regidor, Santiago pasa a ser Presidente Municipal y posteriormente, aconsejado por su protector político, se traslada a la capital en donde se convierte en proveedor de forraje del ejército, cargo desde el cual ”calladamente, descansadamente, se puso a encharcarse en oro”. (p. 160)

En poco tiempo ya vivía en una de las zonas más caras y exclusivas de la ciudad; tenía una amante y cuatro lujosos automóviles. Debemos decir que por esta época (mediados de la década del treinta), comenzaron a llegar importados a nuestro país los ostentosos y poderosos coches producidos por las grandes compañías automotrices norteamericanas y los modelos más “absurdamente caros” estaban en la cochera de Santiago.

En los altos círculos sociales de la época se comienza a mencionar el nombre de Santiago gracias a sus lujosos vehículos y esto propicia que se empiece a codear con “gentes de mucha presentación” (p.161). Santiago, sin proponérselo, se encuentra acomodado en las exclusivas esferas de la alta sociedad mexicana de la época:

“Su automóvil le dio una importancia que intrínsecamente no tenía. Antes, como escolapio o como tendero, su vida no le daba ningún realce, ninguna comodidad. Veía muy claro que lo importante no había sido la adquisición de un coche, sino la adquisición de la necesidad de un coche. En cuanto fue dueño de esa necesidad arrolladora, todo lo pudo”. (p. 161)

Su frecuente asistencia a restaurantes y clubes de moda a donde acudían sobrevivientes de la antigua burguesía porfirista y obviamente los nuevos ricos surgidos de la clase dirigente y empresarial emanada de la Revolución, le hace llegar a sus oídos el rumor de una nueva manía que estos personajes ociosos y pagados de sí mismos ahora tienen: atropellar indígenas con su automóvil sin ninguna razón; atropellarlos por el simple gusto de hacerlo,

para, de esta manera, demostrar su poder. Un hombrecillo rubio, ruidoso y exhibicionista, frecuentador asiduo de estos lugares de moda, exclamó en una ocasión:

“¿Quién es aquel de nosotros que no haya liquidado siquiera un prójimo con su velocidad? Mientras no se recibe un bautismo de sangre, no se conoce lo que es el automóvil. El automóvil exige holocausto, como cualquier Dios olímpico”. (p. 164)

El comentario de este hombrecillo fanfarrón quedó martilleando la cabeza de Santiago; se plantea interrogantes, se responde a sí mismo, se justifica, se conmisera. Su coche nunca le ha pedido una víctima, sin embargo, el recuerdo de las palabras de aquel hombrecillo despreciable lo invaden en cualquier momento y circunstancia. El nunca ha atropellado a nadie, pero ¿qué sucedería si lo hiciese?

Una mañana quiso él mismo conducir uno de sus autos y, sin darse cuenta, se encontró en un camino solitario y alejado en donde divisó la figura de un indígena que llevaba a cuestas una carga de alfarería. Pasó a un costado de éste e hizo que el auto se siguiera de frente, mas una fuerza extraña en su interior le ordenó detener el auto a una distancia prudente y darle la vuelta al vehículo; súbitamente una idea llega a su cabeza: “¿y si sólo por vía de entretenimiento asustase al indio rompiéndole unas ollas al pasar? Solamente las ollas”. (p. 178)

Después de repetir dos veces la maniobra de dar la vuelta al coche en el reducido espacio del camino, Santiago, con la firme convicción de sólo romperle una ollas al indígena, pisó el acelerador y embistió al aborigen por la espalda: “apretó los ojos y nada más oyó algo como un resquebrajamiento de herrajes”. (p. 180)

Santiago pierde el sentido y lo recupera descubriendo que se encuentra aplastado entre los restos de su auto desde donde observa que la carretera se encuentra en la parte superior. Descubre que se ha desbarrancado y entre los restos del desastre escucha la voz del indio que se queja muy cerca de él. Santiago pretende disculparse, pero el indígena, sumiso y

asustado lo interrumpe: “-¡Ay, patroncito. Este fierraje tuyo me tiene agarrao por la mitá. Este fierraje me levantó del camino por más que m’hice un lao. Y como m’enredé con los mecates de mi carguita”. (p. 181)

El dramatismo de la escena provoca que surja de inmediato en Santiago un sentimiento de culpa por lo que acaba de propiciar; una necesidad apremiante por ayudar al indígena lo invade:

“Santiago pensó comprarle tierras, o cualquier negocio del que pudiese vivir tranquilo. O le depositaría en el banco una pensión, que hasta serviría para obligarlo a aprender a escribir su nombre para firmar; y hacer cuentas”. (p. 184)

El indígena comienza a desfallecer; apenas alcanza a emitir algunos quejidos esporádicos. Santiago percibe el ruido de unos aleteos y descubre un cuadro terrible: unos zopilotes y una jauría hambrienta y miserable merodea el lugar del accidente. Al poco rato un zopilote osado se acerca más de la cuenta al indígena moribundo y comienza a picotearle los ojos y la lengua. Esta visión del infierno hace que Santiago pierda el sentido, el cual recupera cuando ya se encuentra instalado en el cómodo lecho de su residencia, rodeado de enfermeros y reporteros que ansían escuchar su propia versión de los hechos. La angustia lo invade; pregunta por el indito, pero nadie le contesta. Insiste colérico, mas las personas que lo acompañan no se explican cómo se sofoca inquiriendo sobre la muerte de un indio. Finalmente le contestan que no sólo lo sacaron muerto, sino duro y agarrotado. Al enterarse de la verdad Santiago lanza un grito seco y desgarrado, al mismo tiempo que solloza con desesperación.

Pasaron los días, las semanas y Santiago, postrado en su cama con los pies enyesados, débil y apaleado (moral y físicamente), piensa en regresar a su pueblo para consagrarse a ayudar a los necesitados. Pero primero buscará a la mujer del indio. Ayudará a sus hijos a



salir adelante; estudiarán y se convertirán en hombres de provecho. Poco a poco la fiebre y la enfermedad fueron amainando y comenzó a aplazar los preparativos para regresar a su tierra. Ya totalmente restablecido comienza a olvidar en el Club tan desagradable episodio bebiendo tragos caros y jugando al dominó. Su buena posición (cada día más sólida y ascendente) se ha encargado de aclararle las cosas: “parece que los peritos tenían razón: parece que fue el indio el que, asustado de verse cerca del automóvil, se le atravesó”. (p. 197)

Platica con los buenos amigos, se encoge de hombros y un poquito molesto exclama entrecerrando los ojos y suspirando como sólo los justos saben hacerlo:

“- Por fortuna, quedó muy bien esclarecido que la culpa fue de él. Infeliz... Pero casi hay que pensar no era un hombre; se mató sola una bestiecita de carga, ¡que por poco hace que me mate yo! Pero no crean ustedes que me haya inspirado rencor alguno. El, a su modo, creía que yo era el culpable...”. (p. 198)

Finalmente el mundo de Santiago vuelve a acomodarse a su conveniencia; todas las piezas vuelven a ocupar el lugar que les corresponde. Su posición social está más afianzada que nunca; sus cuentas bancarias están cada día más abultadas y su conciencia está más que tranquila. La Revolución hecha gobierno a través del Partido Nacional Revolucionario creado por el Jefe Máximo, continuaba haciendo su trabajo.

## V. El papel social del novelista en *San Automóvil*

Uno de los aspectos recurrentes en prácticamente toda la producción novelística de Jorge Ferretis es el papel social que puede desempeñar un escritor. Para este narrador potosino, la literatura era el vehículo idóneo para exponer y transmitir las problemáticas nacionales a las nuevas generaciones de lectores. Afirma nuestro autor en una introducción que antecede a su colección de tres novelas cortas titulada *El sur quema*: “Urdo mis relatos como pretextos para hacer a los linotipos ingerir unos cuantos problemas y fenómenos de nuestra población”<sup>1</sup>.

En las novelas de Ferretis (y *San automóvil* no es la excepción) encontramos una evidente intención de enfatizar un mensaje, dejando en muchas ocasiones a un lado la cuestión estética. Mas el autor de *Tierra caliente* está consciente de ello:

“Sé que divagando se corre el peligro de restar fuerza a las narraciones. Sé también que corro el riesgo de parecer etnólogo entre los novelistas y novelista entre los etnólogos. Y a pesar de ello, permito deliberadamente que el etnólogo y el novelista que llevo en mi interior se disputen mi pluma y la usen”<sup>2</sup>.

Jorge Ferretis considera que la novela es el lugar propicio en donde se pueden intercalar aspectos reflexivos acerca de la realidad circundante (“novelas con páginas de ensayo”<sup>3</sup>), con aspectos diegéticos en donde los protagonistas enfatizan una propuesta y exponen un problema. En la producción novelística de este autor podemos ubicar con facilidad personajes principales e incidentales. Los primeros llevan el peso de las acciones y las ideas fundamentales; los segundos están supeditados a los protagonistas en la medida que los ayudan a redondear y apuntalar las acciones narrativas:

---

<sup>1</sup> Jorge Ferretis, *El sur quema*, México, Ediciones Botas, 1937, p.7.

<sup>2</sup> Ibidem, p.7.

<sup>3</sup> Ibidem, p. 7.

“Y ya tarde, entró en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. El primer conocido a quien vió entrar fué un empleado de un ministerio, que lo colmaba de atenciones siempre que iba a entrevistar al ministro”. (p. 167)

Me parece importante señalar que Ferretis fue un escritor que creció en medio de las luchas revolucionarias (no olvidemos que nació en 1902), las cuales templaron su carácter y le proporcionaron una notable conciencia histórica, así como un punzante sentido crítico. Las diferentes fases de la lucha armada, la muerte de Carranza, la etapa de realización e institucionalización en los cuatrienios presidenciales de los generales Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, la creación del Partido Nacional Revolucionario, creado para perpetuar a los hombres de la Revolución en el poder, así como el reparto agrario y el burocratismo ventajoso de la nueva clase dirigente, le proporcionaron un cúmulo inagotable de material que supo aprovechar de forma acertada en su producción narrativa. Su novela corta, *San automóvil*, refleja invariablemente el tiempo que le tocó vivir y en su afán por capturar esa realidad contradictoria y caótica, echa mano de recursos que considera pertinentes para realizar su trabajo de escritor, quizá por ello contengan demasiada prédica que debilita en ocasiones su estructura. En Jorge Ferretis aspectos éticos y sociales están por encima de la intención artística:

“El caballo, con sólo aparecer, transformó la Europa medioeval. Feliz el prójimo que tenía la ventura de cabalgar sobre los lomos de un rocín. Aquel mortal no podía confundirse con la gleba; el caballo de que era dueño, lo distinguía como a un ser privilegiado. Hasta nació la palabra “caballero”, que fue casi título de nobleza. Pero aquellos codiciados cuadrúpedos no se multiplicaron vertiginosamente y así se conservaron por mucho tiempo como signos de gentilomanía. Algo semejante iba a acontecer con el automóvil. Apareció, y su propiedad parecía reservada a los magnates. Pero este siglo abortó millonadas de estos vehículos, sin dar tiempo a que se formase otra casta social”. (pp. 174-175)

Siempre su preocupación política estuvo presente en su conducta personal y, por supuesto, en sus realizaciones literarias; pero su preocupación tiene que ver con su propia existencia y el enriquecimiento de la cultura mexicana<sup>4</sup>.

Rosario Castellanos en un lúcido ensayo acerca del valor testimonial de la novela mexicana hace mención de una serie de rasgos y aspectos en cuya descripción cabe perfectamente el perfil de Ferretis:

“El novelista –sobre todo en las épocas históricas de sobresalto y lucha, que han sido las más frecuentes- ha trabajado con los materiales con los que trabaja el historiador y el sociólogo: los que proporciona la experiencia inmediata. Poco se ha empeñado en desbastar este material, en pulirlo, en mostrarlo bajo la especie de literatura, urgido como estaba en aprehender el instante que suponía trascendental y aun en participar en él para proporcionarle la figura y la orientación que sus convicciones le dictaban como educadas. Porque, hay que decirlo, en países como el nuestro donde la cultura continúa siendo un privilegio al que tienen acceso grupos muy reducidos de la población, la literatura no puede ejercerse de un modo profesionalmente exclusivo. El escritor ha sido, al mismo tiempo, el político, el funcionario, el hombre de acción y estos otros deberes impostergables desde el punto de vista moral y robaban tiempo, energía para la creación, así como hacían imposible adoptar un punto de vista imparcial en relación con los hechos”<sup>5</sup>.

Debemos decir que Ferretis fue un hombre que supo compaginar admirablemente diferentes facetas profesionales con su labor de escritor. No olvidemos que fue periodista, burócrata, diputado, director de Cinematografía en el sexenio del presidente Adolfo Ruiz Cortines y hasta colonizador de nuevos territorios en Tamaulipas y Baja California. Fue un hombre de trabajo que supo robar tiempo y energía a su ocupada existencia para la creación literaria; probablemente por ello en sus textos jamás le fue posible expresar puntos de vista imparciales (como lo señala Rosario Castellanos) con respecto a los hechos que narraba.

---

<sup>4</sup> Cfr. Adalber Dessau, *La novela de la revolución*, Ed. cit., pp.338, 339,340.

<sup>5</sup> Rosario Castellanos, *Juicios sumarios*, Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Universidad Veracruzana, México, p.114.

Jorge Ferretis siempre fue acusado de que su arte narrativo se veía desvirtuado debido a la apasionada propaganda política que en él plasmaba. En sus novelas, desde la perspectiva del narrador extradiegético (omnisciente)<sup>6</sup> transcurren las acciones, pero esto se ve superado por la pasión del momento histórico que le tocó vivir, el cual conducía a este escritor a plasmar en sus obras un “nacionalismo positivo, creador, aglutinante, universalista en la medida en la que crea la fuerza humana y auténtica de su carácter”<sup>7</sup> por lo que en muchas ocasiones aparecen digresiones que aclaran o apuntalan alguna idea o pensamiento con el fin de emitir su punto de vista sobre lo que les sucede a esos personajes populares que se vieron inmersos en las diferentes etapas de la Revolución mexicana:

“Desfallecido, aquel hombre sintió como si se desinflase de toda importancia, en un acto de contrición.“¡Qué disparate es todo nuestro país! El suelo, de repente, se alza tanto, que se encanece de nieves perpetuas. Se alza tanto, que ni nuestro sol, este solesote tropical, logra sacudir los hielos de las cumbres. Y cerca, insospechadamente cerca, el suelo cae tan bajo, que se oscurece de simios y se incendia de guacamayas. País de la desigualdad. Asombrosamente disparate: la tierra, y la luz, y la suerte de los hombres”. (p.186)

En *San automóvil*, los acontecimientos se apresuran; el autor experimenta la urgencia de contar los hechos de manera episódica y de emitir comentarios y reflexiones sociales:

“Actualmente, en Estados Unidos, cualquier peón tiene coche, así como en nuestro país, cualquier gañán tiene su burro. Pero en aquel país, las gentes compran el automóvil por necesidad, en tanto que en México, en alto porcentaje, se adquiere por vanidad. Aquí, son ciudadanos que no se resignan con su suerte de peatones quienes lo compran, aunque se tengan que quedar a la “intemperie económica”. Los más “acomodados” sentirán denigrante no poseer uno. De igual manera que en la Mancha, a don Quijote le habría sido imposible concebir un hidalgo sin cabalgadura ni escudero. Sin embargo, a semejanza de la Europa medieval, aquí hay todavía millones de gentes que están lejanísimas de soñar siquiera en adquirir carro. Millones de desvalidos que apenas en un lustro ganarían lo que cuesta un coche corriente; pero que para adquirirlo, tendrían que pasar cinco años sin comer o vestir. Y es así que en la Mancha de entonces y en el

---

<sup>6</sup> En toda la producción novelística de Jorge Ferretis encontramos el empleo del narrador extradiegético, a excepción de *Cuando engorda el Quijote*, en la cual aparece el autodiegético (primera persona).

<sup>7</sup> Antonio Magaña Esquivel, *La novela de la Revolución*, Ed. Porrúa, 1974. P.189.

México de ahora, cuatro patas o cuatro ruedas han hundido a los de abajo más abajo, en la noción de su inferioridad”. (p.175)

Considero pertinente señalar que *San automóvil*, desde el mismo momento de su publicación en el año de 1938, fue valorada de manera superficial por la crítica; fue vista como una novela que “hace buen humorismo sobre la fiebre contemporánea de sacrificar todo por la posesión de uno de esos medios de locomoción”<sup>8</sup>

Si se realiza una primera lectura superficial y desatenta, lo anterior es lo que de inmediato llega a la mente del lector, pero *San automóvil* va más allá de una simple mirada acerca del papel que ocupan los autos en las sociedades contemporáneas. En esta novela el coche se erige como el vehículo con el cual la clase dominante, la que recién había adquirido el poder político y económico, aplastaba, humillaba, atropellaba a trabajadores, a personas humildes e indígenas a las cuales no les “había hecho justicia la Revolución”.

Es el automóvil el eje por el cual Ferretis lanza severas críticas contra la corrupción política y los vacuos intereses de la gente frívola (esa nueva clase económicamente poderosa surgida de la Revolución y que constituyó la “nueva burguesía”) que frecuenta los clubes y los restaurantes de moda y que, incluso, comienza a inventarse un supuesto abolengo de origen aristocrático; Jorge Ferretis realiza una sátira a este respecto:

“El apellido de su consorte, en meses pasados, hizo dudar a unas amistades: ¿no descendería ella de una familia de abolengo, que se apellidó igual? Y ¡efectivamente! ¡Con razón (alega ya su mujer) nunca pudo sentirse una cualquiera! Ahora está segurísima de que sus tatarabuelos encontrábanse en la catedral durante el “Te Deum” que se cantó para recibir a Maximiliano. Sí; y eran de los que más tarde bailaban el minué en el palacio de los Hapsburgo. Su mujer está segurísima de que su sangre es azulosa, y de otras rarezas. Se ha vuelto más insoportable y se acaba de iniciar en las obras piadosas. En los periódicos aparece retratada sirviendo, con su propia mano, cucharones de leche a los niños de un reformatorio. Ha despilfarrado muchos miles de pesos; mas el señor arzobispo la

---

<sup>8</sup> *Letras*, jun. 1939, p.5.

bendice, satisfecho de que aún existan mujeres de tan piadosa y noble condición”. (p.197)

En la novela que nos ocupa, Ferretis subraya, enfatiza aspectos negativos de la sociedad mexicana de la tercera década del siglo XX. Presenta al automóvil como una metáfora del poder, la riqueza y la corrupción; la posesión de uno de éstos en la sociedad mexicana del siglo XX representó al mismo tiempo, símbolo y reflejo de la condición social, así como una oportunidad de fortalecer la autoestima (muchas veces deteriorada) y de reparar las carencias de personalidad (como lo es el caso del protagonista de *San automóvil*), “dime qué auto quieres y te diré quién eres”. El nuevo tipo de hombre (como lo es sin duda Santiago) que comenzó a invadir los círculos sociales, políticos y económicos del México posrevolucionario, sabía que “Sus carros eran las razones de sus triunfos. Eran fines de su vida; y todo fin de una existencia tiene algo de sagrado”. (p.161)

Santiago, al arribar a la ciudad de México, comenzó a construir de inmediato su nueva vida; comenzó a moldear su pulcra apariencia de hombre próspero, como lo ameritaba el momento, pero sin poder negar “la cruz de su parroquia”, pues “la mona aunque se vista de seda...”:

“vivía en uno de los sectores residenciales más caros de México. Tenía una amante y cuatro coches. Su figura se había vuelto más voluminosa aún. Sus ropas, siempre limpiísimas, no le quitaban, sin embargo, aquel aspecto de hombre sucio. Pero mientras no sudaba, ahora olía a cosméticos y a lociones finas”. (p.160)

La nueva situación privilegiada de Santiago lo convirtió en un hombre “desesperadamente cauteloso”. (p.161)

Incluso después de que el militar que lo iniciara en el negocio de forrajes fuera destituido de su puesto, Santiago siguió firme gracias a que “su fama de hombre que sabía callar, lo había ido relacionando con personajes de otros ministerios”. (p.161)

La ventajosa situación en la que ahora se encontraba Santiago transformó sus obvias limitaciones intelectuales y su ignorancia, en cualidades y virtudes que propiciaron que cada vez fuera “mayor el número de secretos que les iba atrapando a muchos personajes. Y fue así como aquella figura semi-oficial se fue haciendo casi mágica: asunto en que él ponía mano, asunto que “cuajaba”. (p.161)

Su encumbramiento social y económico le revela, ahora sí, de manera consciente y palpable, que aquella obsesión que surgió en él por los automóviles cuando era apenas un niño y observaba cómo aquel condiscípulo suyo bien vestido, cuyo padre era el dueño del único coche que había en el pueblo y se paseaba por las calles despertando la admiración de todos los niños, así como la aprobación de todos los adultos respetables, había valido la pena. Santiago quiso desde su más temprana infancia experimentar la sensación de ver desde arriba a los demás, de estar en otro nivel, por ello su nueva existencia le confirma que “sus carros eran las razones de sus triunfos”. (p. 161) Eran la razón y el fin de su vida y “todo fin de una existencia tiene algo como de sagrado”.

(p. 161)

En hombres como Santiago el interés y la necesidad de ascender socialmente, así como la adquisición del poder económico, se pueden explicar como la oportunidad de formar parte de una sociedad, de ser alguien dentro de la misma y tener a través del atesoramiento de las cosas, algo que los valide. El elemento que justifica y legitima esta vertiginosa ascensión social es, en este caso, el conjunto de “postulados de la Revolución”<sup>9</sup> que debían ponerse “a trabajar en beneficio del progreso y el orden del país”<sup>10</sup>.

---

<sup>9</sup> Carlos Fuentes. *La región más transparente*, México, Alfaguara, 2008, p.128.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p.128.



La Revolución abrió caminos a todos aquéllos a quienes el porfiriato había cerrado las puertas de la ambición. “Ahora era la de armarnos (le dice Federico Robles a Ixca Cienfuegos en *La región más transparente*), la nuestra, sí, pero siempre trabajando para el país, no gratuitamente como los del viejo régimen”<sup>11</sup>.

Ese nuevo sistema político mexicano que finalmente institucionalizó el “Jefe Máximo”, estaba sustentado en el apoyo que se daba a las masas trabajadoras, las cuales, aunque no recibieran toda la ayuda que esperaban, seguían apoyando al nuevo estado constituido a través de la influencia que en ellos tenían líderes sindicales poderosos como Luis N. Morones y Vicente Lombardo Toledano<sup>12</sup>.

Por la época en que está situada la novela (1930-1935) los revolucionarios “encumbrados en el poder, por encima de las masas, casi siempre aislados de ellas, no se ocupaban de otra cosa que de enriquecerse cuanto podían y de entramparse mutuamente en el sucio juego de la política individualista y elitaria”<sup>13</sup>.

Estos hombres, amparados bajo la sombra protectora de la Revolución, comenzaron a llenar el paisaje urbano con esa especie de “templos rodantes” en cuyo interior no podía ir menos que una “joya valiosísima” o un “dios olímpico”. Fue por estos años que hombres como el general Ignacio Aguirre<sup>14</sup> circulaba en su Cadillac sus aspiraciones presidenciales por la calzada de Chapultepec y por Insurgentes; por este tiempo el joven Federico Robles<sup>15</sup>

---

<sup>11</sup> Ibidem, p.129.

<sup>12</sup> Luis N. Morones estuvo al frente de de la CROM (Confederación Regional de Obreros de México) durante la presidencia de Plutarco Elías Calles y Vicente Lombardo Toledano lideró las fuerzas sindicales en el sexenio de Lázaro Cárdenas.

<sup>13</sup> Arnaldo Cordova, *La política de masas del cardenismo*, México, Edit. Era, p. 35.

<sup>14</sup> Ignacio Aguirre es el protagonista de *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán y es el alter ego del general Francisco Serrano, candidato a la presidencia en las elecciones de 1928 y asesinado en un paraje de la carretera a Cuernavaca por hombres del ejército. Después de esto el camino quedó despejado para que el general Alvaro Obregón fuera reelegido como presidente de México para el cuatrienio 1928-1932.

<sup>15</sup> Federico Robles es una de las principales voces narrativas de *La región más transparente* de Carlos Fuentes.

llegaba a su oficina ubicada en avenida Juárez a bordo de un Rolls y comenzaba a “construir el nuevo México”; es también por esta época que Santiago asiste al Club en donde le gustaba “ensayar el manejo de su fisonomía” a bordo de un Packard o de algún otro “automovilazo” (tenía cuatro autos de lujo en la cochera de su residencia) y se aprestaba, con su posición, su poder y, claro está, con su automóvil *santificado*, a aplastar y pasar por encima de cuantos se pusieran por delante de su camino.

Fue precisamente en el Club donde Santiago escuchó por vez primera a ese “hombrecín rubio y bullicioso” hablar acerca de la necesidad de liquidar a un prójimo con la velocidad para recibir un bautismo de sangre.

Después del “accidente” en el que muere un indígena, Santiago queda totalmente convencido de que el pobre hombre que embistió con su automóvil en aquel apartado camino de México, no era un ser humano, era sólo “una bestiecita de carga”, un estorbo que obstaculizaba el paso de su auto y de su poder.

Santiago piensa que si en nuestro país se tuviera un gobierno verdaderamente progresista y humanitario se exterminaría por patriotismo con gases asfixiantes a todos los indios de la nación, porque a final de cuentas sólo representan un lastre para la sociedad y para el desarrollo de México.

Y es precisamente ese “bautismo de sangre” el elemento que nos presenta de una manera clara y directa a una revolución que comienza a verse traicionada, manoseada, prostituida. En *San automóvil*, Jorge Ferretis a través del empleo constante de sentencias, ironías, digresiones y del recurso muy suyo de “injertar novelas con páginas de ensayo” detecta y vislumbra una realidad histórica y política que veinte años después Carlos Fuentes en *La*

*región más transparente*<sup>16</sup> abordaría de una manera contundente y totalizadora: el fracaso de la Revolución Mexicana.

---

<sup>16</sup> *San automóvil* salió a la luz en 1938 y *La región más transparente* se publicó por vez primera en 1958.

## VI. Algunos apuntes indigenistas en *San automóvil*

La presencia reiterada de personajes humildes y desprotegidos sociales (obreros, campesinos e indígenas) es una constante en las obras narrativas de Jorge Ferretis, autor que aborda la problemática del indio y de otros seres marginales en su relación directa con la Revolución mexicana.

Cabe destacar que este escritor potosino en ninguna de sus novelas cortas o de mayor aliento narrativo trata de manera directa la temática indigenista, aunque sí realiza a este respecto, y de manera reiterada en la mayor parte de ellas, anotaciones, apuntes y reflexiones que presentan al indio sin idealizarlo y en las que se observan las condiciones de explotación a que ha sido sometido por el clero, los terratenientes, las clases dirigentes de la dictadura porfirista y, claro está, de los gobiernos surgidos de la revolución. Manuel Pedro González emite, a principios de la década de los cincuenta, un punto de vista revelador acerca del papel que desempeñaba el indígena en las políticas y programas de los gobiernos revolucionarios:

“desde 1920, el gobierno ha propiciado en múltiples formas los estudios e investigaciones indigenistas, los trabajos arqueológicos y antropológicos para descubrir y valorizar las culturas autóctonas primitivas tanto como las investigaciones sobre las variantes culturales que aun persisten. Al amparo oficial se ha revalorizado la historia de México, exaltando los valores nativos y destacando la contribución de las culturas indias al acervo presente. En una palabra, en los últimos treinta años se ha procurado rehabilitar al indio y las culturas indígenas, no obstante que en muchas ocasiones este noble empeño ha sido aprovechado como bandera política por politicastro manidos en provecho propio”<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Manuel Pedro González, *Trayectoria de la novela en México*, Ediciones Botas, 1951, p. 313.

Debemos señalar que las preocupaciones indigenistas de Ferretis se encuentran más emparentadas con novelas en las que predomina la valoración de los elementos sociales inmanentes al indio como *El resplandor* de Mauricio Magdaleno y *El indio* de Gregorio López y Fuentes, que con textos de franca recreación antropológica en los que se intenta proporcionar una imagen real de la mente del indígena desde la perspectiva del ambiente, la cultura y las creencias de los indios, como en *Juan Pérez Jolote* de Ricardo Pozas. De esta manera, en las narraciones de Ferretis en donde se toca la vertiente indigenista se presenta al indio en su condición histórica de servidumbre económica y en la consecuente corrupción política que continuó vigente durante el proceso revolucionario.

En textos como *El resplandor* de Mauricio Magdaleno, *El indio* de López y Fuentes, así como en novelas cortas de Jorge Ferretis en las que se aborda el tema indigenista de manera parcial como *Carne sin luz*, *Cuando bajan los cuervos* y *San automóvil*, encontramos elementos recurrentes en este tipo de literatura como pueden ser el predominio de los contenidos sociológicos sobre el afán estético; la aparición frecuente de recursos líricos como la repetición constante de términos y el empleo de metáforas que evocan por momentos imágenes plásticas; abundancia de regionalismos, mexicanismos, así como la presencia de leyendas, cantos, poemas y mitos; el empleo de la ironía y una especie de realismo patético que sirven para enfatizar la denuncia social; la aparición frecuente de indígenas que más que personajes son tipos: símbolos inequívocos de la colectividad y las masas anónimas. En este tipo de textos se pretende llegar a la realidad del indio y ponerse en contacto directo con él. Hablan de sus luchas, de su miseria, de su dolor; exponen su situación angustiosa; pretenden defender sus derechos y conseguir su redención.

En *El indio*, novela aparecida en el año de 1935, López y Fuentes aborda la explotación del indígena, el engaño que sufre en forma directa del hombre blanco y de los mestizos.

Enfatiza el estado primitivo de su condición de explotado. Los personajes indígenas mantienen el anonimato de sus nombres y aunque son tratados con cierta simpatía por el autor, éste no logra comprender el interior ni la esencia de su ser. Cuando se termina la lectura de esta pieza narrativa el indígena aparece como una raza pisoteada, de tradiciones decadentes y ajenas al desarrollo de México.

En *El resplandor*, Mauricio Magdaleno expone las estratagemas de que se valen los políticos para explotar al indígena y pone de manifiesto la ligadura del indio ante sus opresores: los blancos y los mestizos. Esta novela representa una aguda crítica a la Revolución mexicana que ha sido incapaz de solucionar el ancestral problema de la tenencia de la tierra, así como una denuncia a “las mañas y las argucias de que se valen los políticos de provincia, trapisondistas, para explotar al indefenso indígena”<sup>2</sup>.

Jorge Ferretis presenta en su novela corta *Carne sin luz*<sup>3</sup> a un poblado huasteco al que arriban los protagonistas, un médico y su mujer “después de una caminata de nueve días en mula por la selva, mojados en sudor y aturdidos por las estridencias de guacamayas y simios”. (p.129)

En este poblado tropical que con toda seguridad no aparecía registrado en ningún mapa de la época, los nativos todavía curaban las heridas con orines de perro y colocaban telarañas debajo de una venda para cicatrizar, así como empleaban sanguijuelas vivas para curar el mal de “aigre”. En esta tierra de superstición e ignorancia a un maestro rural le cortaron las orejas, a otro le hicieron ingerir un brebaje que le paralizó las piernas y un tercero pudo escapar en un burro hacia la selva, pero a los pocos días su cuerpo fue visto

---

<sup>2</sup>Antonio Magaña Esquivel, *La novela de la Revolución*, México, Edit. Porrúa, 1975, p.224.

<sup>3</sup> *Carne sin luz* es la segunda de las tres novelas cortas que integran el volumen titulado *San automóvil*.

flotando en el río con un zopilote encima, picoteándole el vientre “abotagado y relumbroso”. (p.131)

El doctor pretendía realizar en este sitio estudios acerca de plantas que tuvieran facultades curativas; lleno de entusiasmo y energía decía a su mujer: “Yo escribiré muchos artículos, Matilde. Haré que los periódicos atraigan la atención de México sobre este rincón del país”. (p.132)

Sin embargo, la pareja comienza a encontrar obstáculos en su camino: en ese lugar se tiene la creencia de que si un médico llegase hasta esos parajes llevaría mala suerte a los nativos, los cuales “creían que los pies de gentes extrañas eran más peligrosos que las sabandijas”. (p.133)

La trágica muerte del médico a manos de la curandera del lugar, quien le provoca una hemorragia nasal con unas yerbas de la región, nos muestra a una comunidad indígena ignorante en extremo, supersticiosa, aislada y acorralada por una serie de creencias y costumbres anacrónicas y retrógradas en donde el progreso y el cambio no tienen cabida, debido, en buena medida, al abandono y desinterés que, por siglos, han tenido las comunidades indígenas por parte de las diferentes instituciones de gobierno que han existido en México desde los tiempos de la Colonia.

Ferretis, en esta novela, afirma que los esfuerzos aislados e individuales nada podían hacer para erradicar los problemas y los males que por aquel tiempo aquejaban a los indígenas de México: era necesario realizar una auténtica cruzada educativa y de salud apoyada por programas revolucionarios y realizada por una multitud de hombres honestos que estuvieran dispuestos a incorporar con un trabajo heroico de manera definitiva, a las etnias indígenas en las distintas facetas de la vida nacional.

En *Cuando bajan los cuervos*<sup>4</sup>, el autor de *Tierra caliente* presenta a un grupo de hombres dispuestos a realizar una cruzada de salud en “uno de esos pueblecillos cuyos nombres ni siquiera figuran en los mapas”<sup>5</sup>. Este puñado de hombres creía firmemente que “para hacer obra social en México, había que preparar al indio y organizarlo, del mismo modo que para cualquier construcción se requiere hacer compactos los cimientos”<sup>6</sup>.

Sin embargo, las buenas intenciones y los programas que el líder del grupo expone ante ministros y políticos de la nueva familia revolucionaria no encuentran eco: no queda otro remedio que echar a andar el proyecto con únicamente tres estudiantes de medicina y un hombre generoso que vende gran parte de sus bienes materiales para poder comprar todo lo necesario.

Ya en la década de los treinta del siglo pasado encontramos a funcionarios del gobierno que no tenían tiempo ni espacio para escuchar propuestas y programas sociales de ninguna índole; aquéllos que se dignaban a oír y recibir comitivas se atrevían cínicamente a hablar de un futuro promisorio en donde “harían, propondrían, revolucionarían”<sup>7</sup>.

Al final de estas engorrosas gestiones burocráticas, el líder del grupo se da cuenta con amargura que “escribía para los archivos o para que sus gestiones fueran truncadas para usufructo de algunos políticos incapaces de inventar programas para hacerse elegir”<sup>8</sup>.

Al establecerse los cinco misioneros en un poblado tropical que no tendría ni quinientos habitantes, comenzaron a realizar un trabajo médico intenso: empezaron a curar entre la población indígena el paludismo, la lepra, la tuberculosis, la hidropesía, infecciones estomacales y de transmisión sexual, enfermedades de la piel y la terrible onchocercosis,

---

<sup>4</sup> *Cuando bajan los cuervos* es la segunda de las tres novelas cortas que integran el volumen titulado *El sur quema*.

<sup>5</sup> *El sur quema*, Jorge Ferretis, Ed. Cit, p.61

<sup>6</sup> *Ibidem*, p.61.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p.72.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p.72.



mal que transmite un parásito que inyecta una larva que sube a la cabeza y multiplicándose espantosamente, les abre boquetes sobre la nuca y sigue buscando los ojos hasta encontrarlos y roerlos.

El movimiento comienza a propagarse; el número de misioneros es cada vez mayor. Ya no sólo llegan estudiantes de medicina: arriban también maestros y con ellos cientos de libros. Los textos y las narraciones históricas comienzan a tener un gran éxito entre los indígenas. Es precisamente en este punto que el gobierno comenzó a alarmarse y empezó a pensar que el movimiento social era sedicioso y subversivo. Había que tomar cartas en el asunto y remediar esa peligrosa situación. Jaime Pacheco, líder del programa, es atrapado junto con trece de sus hombres en una costa lejana y el mismo día de su captura, él y sus hombres son pasados por las armas.

La idea de este grupo de hombres extraordinarios de redimir al indígena por medio de la salud, la organización social y la amplitud de horizontes proporcionados por la cultura, la educación y el mestizaje fue masacrada por el ejército que, por aquellos años, había sido reestructurado por el general Joaquín Amaro para resguardar y proteger los nuevos intereses y programas de gobierno de la Revolución.

A final de cuentas, *Cuando bajan los cuervos* se erige como una crítica explícita a la Revolución mexicana por el simple hecho de haber excluido al indígena de su presuntuoso programa de reformas sociales, económicas y políticas.

En *San automóvil*, la figura del indígena aparece aislada por completo. En esta novela corta aparece un nativo con una pesada carga de ollas en un apartado y polvoso camino, en un sitio por donde “si algo le aconteciese, nadie lo sabría”. (p.178)

La aparatosa carga de alfarería es una metáfora de la opresión y la dificultad que los indígenas mexicanos han tenido a lo largo de la historia. El que aparezca un solo indígena

es una muestra inequívoca del terrible abandono y aislamiento en que se encontraban estos seres marginales en la década de los treinta. Por este tiempo los indígenas ya no tenían cabida en ningún programa político o agrario. Arnaldo Córdova dice al respecto:

“La política de masas, que había dado el poder político a los revolucionarios, desapareció casi por completo del campo y, según algunos testimonios de la época, en su lugar no quedó sino la más brutal arbitrariedad de caciquillos lugareños y auténticos bandidos con credencial del PNR”<sup>9</sup>.

Del cacicazgo porfirista, campesinos e indígenas pasaron a un cacicazgo revolucionario mafioso que pulverizó a las organizaciones campesinas que pretendían actuar de buena fe:

“Las ligas y asociaciones campesinas, allí donde no desaparecieron, y casi siempre sometidas a caciques locales, sólo servían para que los dirigentes y políticos del PNR manipularan a sus anchas a los trabajadores rurales y, no pocas veces, para combatir a grupos agraristas que por su cuenta emprendían la lucha por la tierra y se oponían a la regresión que experimentaba la reforma agraria, Ya con el gobierno de Ortiz Rubio”<sup>10</sup>.

En *San automóvil*, Ferretis presenta, sin concesiones, la situación desesperanzadora en que se encontraban los indígenas por esa época. Los políticos y hombres de negocios que se amparaban bajo la sombra protectora de la revolución que los había encumbrado a lo más alto de la escala social y económica, ya veían al indígena como un simple elemento decorativo, infaltable en los murales que se realizaban en los edificios públicos y, claro está, en los numerosos discursos llenos de falsedad y demagogia de funcionarios de bajo y alto nivel que sólo se preocupaban por sus intereses personales. Fue entonces que el

---

<sup>9</sup> Arnaldo Córdova. *La Revolución en crisis. La aventura del maximato*. Ediciones Cal y Arena, México, 1995, p.207.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p.208.

indigenismo se volvió retórica y los indios quedaron igual de mal que antes, aunque con menos esperanzas<sup>11</sup>.

El protagonista de la novela que nos ocupa, Santiago, es un hombre elemental, casi sin estudios (no terminó ni la primaria), que simplemente supo estar en el sitio y en el momento adecuados para convertirse, primero en presidente municipal de su pueblo, y posteriormente, en un próspero hombre de negocios en la ciudad de México, lugar en donde sus contactos políticos lo colocan de inmediato en una posición privilegiada y ventajosa. De esta manera, Santiago se erige como uno de esos hombres que, sin haber participado en nada que tuviera algo que ver con la lucha armada y muchísimo menos con el proceso de institucionalización, supo, como los cuervos, aprovecharse de la situación y, sin arriesgar sus alas, acomodarse en un sitio de honor en el banquete social y económico que propició la nueva clase gobernante emanada de la Revolución.

Hombres como Santiago aprendieron muy pronto a pasar por encima de cualquier situación u obstáculo; nada ni nadie podía interponerse en su camino para obtener un poder económico y político ilimitado. Este tipo de hombres no tenía ningún reparo ni pudor en realizar actos de corrupción, en utilizar sus influencias y sus puestos para efectuar negocios que les redituaran grandes cantidades de dinero que fueron amasando fortunas escandalosas. Este tipo de hombres comenzaron a ver al indígena como una simple bestiecita de carga que no sabía ni pensar, como una desdicha nacional, como una vergüenza y como una especie de lastre para México. En los primeros años de la década del treinta ya era frecuente que los habitantes de los grandes centros urbanos se sintieran con “derecho para renegar de la indiada”<sup>12</sup>.

---

<sup>11</sup> Cfr. Lorenzo Meyer, *La segunda muerte de la Revolución Mexicana*, Ediciones Cal y Arena, p.274.

<sup>12</sup> Jorge Ferretis, *El sur quema*, Ed. Cit, p.94.

En *San automóvil*, Santiago, hombre rico y poderoso, que vive en las Lomas de Chapultepec, que tiene cuatro carros de lujo en su cochera y una amante con pretensiones aristocráticas, atropella a un indígena por el simple gusto de hacerlo y aunque en el “accidente” los dos resultan heridos, sólo el indio muere. Santiago, como resulta lógico imaginar, no es culpado de nada; después de todo el ser que murió “no era un hombre”.(p.198) Porque a final de cuentas, piensa Santiago después de su rehabilitación, ¿no acaso los indios son “un lastre para la sociedad”? (p. 98)

Con un tono desilusionado y desencantado lanza Ferretis en *San automóvil* una severa crítica a los funcionarios públicos y a los nuevos ricos de la familia revolucionaria que clamaban porque los indios “¡Por patriotismo!” (p.198) Debían ser exterminados con gases asfixiantes.

Jorge Ferretis fue un escritor que en sus narraciones reveló cómo los hombres de la revolución, cuando conseguían el poder y la fortuna, sus proyectos e ideales se resquebrajaban y se convertían en simples palabras que sólo servían para rellenar proclamas y discursos sustentados en la más servil y miserable demagogia.

## VII. Conclusiones

Jorge Ferretis fue un escritor que produjo la parte más importante de su obra en la década de los treinta y, como tal, intentó dar una explicación a los distintos problemas sociales y políticos que por aquel tiempo vivía nuestro país. Encontramos en sus narraciones un tono desilusionado como consecuencia de observar transformarse los proyectos, las buenas intenciones y los elevados ideales revolucionarios en simples vehículos empleados en beneficio personal. A Ferretis le dolía el hecho de que un enorme grupo de políticos, militares, caudillos, “hombres fuertes” y advenedizos, al término de la lucha armada se incorporaran al círculo político-económico dominante que conformaba el proyecto de industrialización y modernización del país, únicamente para acumular grandes capitales y enriquecerse de manera escandalosa. Fue a estos nuevos ricos de la revolución, que hacían alarde de su riqueza con grotesca ostentación y que empleaban su tiempo en las más vulgares ocupaciones, que este autor dedicó algunas de las páginas más críticas y desencantadas que se escribieron por esa época.

En *San automóvil*, Ferretis arremete contra esa nueva burguesía que se sentía con derechos para pasar por encima de aquéllos que no habían podido encumbrarse en la escala social y observaban con amargura y frustración los truculentos manejos de la política y la economía. En esta novela, a la vez que se hace una severa crítica al auto-objeto (presencia omnipresente del paisaje urbano del siglo XX, así como símbolo y reflejo de la condición social del hombre contemporáneo), se realiza la metáfora inequívoca del automóvil como elemento de sojuzgamiento político hacia los estratos más castigados de la sociedad mexicana, una sociedad que cotidianamente, desde aquella época, era presa del engaño y la

demagogia de los privilegiados en el poder y que, en la mayoría de los casos, se veía atrapada por la apatía, el conformismo y la resignación.

Ferretis fue un escritor de notable compromiso ético y social; no podía concebir sus relatos sin que tuvieran prédicas, reflexiones y divagaciones acerca de la realidad circundante que, al menos en sus novelas, le exigía dar explicaciones y juicios que, aunque rompían la estructura de la narración, proporcionaban al lector una visión crítica de ese momento clave de la historia mexicana del siglo XX.

*San automóvil* es una novela posrevolucionaria, desde luego, con muchas de las faltas y excesos propios de las obras de esta clase y de este tiempo<sup>1</sup> (acción rápida, énfasis del argumento en lo dramático, sencillez de la trama, alusión constante de sucesos históricos, tono de desilusión en cuanto a la Revolución se refiere), pero novela que merece ser rescatada del olvido y de la completa omisión que esto conlleva, por el simple hecho de que el autor refleja con valentía y honradez inigualables “el balance que hicieron los hombres de su generación y de sus ideas acerca del momento histórico que les tocó vivir”<sup>2</sup>. Porque a final de cuentas ¿no acaso en escritores como Jorge Ferretis la literatura se convierte en un documento fundamental y revelador para interpretar la historia?

---

<sup>1</sup> Christopher Domínguez Michael se refiere a estas obras en su *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX* como de “épica menor”. En esta antología Jorge Ferretis ni siquiera es mencionado por el autor y muchísimo menos seleccionado. Una vez más (como ya lo había hecho Antonio Castro Leal en *La novela de la Revolución* a principios de la década de los sesenta) este escritor potosino fue dejado fuera, sin explicación alguna, de la historia de la narrativa mexicana del siglo pasado.

<sup>2</sup> María del Carmen Millán, *Antología de cuentos mexicanos I*. Ed. Era, p. 30.

## VIII. BIBLIOGRAFÍA

### Directa

Ferretis, Jorge; 1937: *El sur quema*. Ediciones Botas, México.

-----;1937: *Cuando engorda el Quijote*. México Nuevo, México.

-----;1938: *San automóvil*. Ediciones Botas, México.

-----; 1944; *Hombres en tempestad*. Cima, México. [Colección de Autores Mexicanos].

-----;1958: *El coronel que asesinó a un palomo*. Fondo de Cultura Económica, México. [Colec. Tezontle].

-----;1967: *Libertad obligatoria*. Fondo de Cultura Económica. México. [Letras Mexicanas].

-----;1983: *Tierra caliente*. Premiá editora de libros. México. [Colec. La matraca].

## Consultada

Brushwood, John S; 1993: *México en su novela*. Fondo de Cultura Económica, México.

[Colec. Breviarios].

Castellanos, Rosario; 1974: *Juicios sumarios*. Cuadernos de la Facultad de Filosofía,

Letras y Ciencias de la Universidad Veracruzana, México.

Castro Leal, Antonio; 1960: *La novela de la revolución*. Aguilar, México-Buenos Aires.

Córdova, Arnaldo; 1996: *La formación del poder político en México*. Era, México.

-----; 1997: *La ideología de la Revolución Mexicana*. Era, México.

-----; 1995: *La Revolución en crisis. La aventura del maximato*. Ediciones Cal y

Arena, México.

-----; 1983: *La política de masas del cardenismo*. Era, México. [Serie Popular].

Coronado, Juan; 1982, abril: "La narrativa de la revolución mexicana". *Thesis. Nueva*

*Revista de Filosofía y Letras*, México.

Dessau, Adalbert; 1973: *La novela de la Revolución Mexicana*. Fondo de Cultura

Económica, México. [Colec. Popular].

Domínguez Michael, Christopher; 1996: *Antología de la narrativa mexicana del siglo*

*XX*. Fondo de Cultura Económica, México. [Colec. Letras Mexicanas].

Fuentes, Carlos, 2008: *La región más transparente*. Alfaguara, México.



González, Manuel Pedro; 1951: *Trayectoria de la novela en México*. Ediciones Botas, México.

Guzmán, Martín Luis; 1985: *La sombra del caudillo*. Porrúa, México. [Colec. de Escritores mexicanos].

*Historia de la Revolución Mexicana. Periodo 1928-1934*; 1978, El Colegio de México, México.

*Historia general de México*; 2001, El Colegio de México, México.

Krause, Enrique; 2002: *Biografía del poder. Caudillos de la revolución mexicana*. Tusquets Editores, México.

López y Fuentes, Gregorio; 1942: *Acomodaticio. Novela de un político de convicciones*. Ediciones Botas, México.

-----; 1990: *El indio*. Porrúa, México. [Colección "Sepan Cuántos"].

Magaña Esquivel, Antonio; 1975: *La novela de la revolución*. Porrúa, México.

Magdaleno, Mauricio; 1959: *Las palabras perdidas*. Cultura, México.

-----; 1980: *El resplandor. El compadre Mendoza*. Promexa, México.

Martínez, José Luis; 1999: *Literatura mexicana. Siglo XX*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

Martínez Assad, Carlos; 1982: *Revolucionarios fueron todos*. Fondo de Cultura Económica, México. [Colec. SEP/80].

Meyer, Lorenzo; 2008: *La segunda muerte de la Revolución Mexicana*. Ediciones Cal y Arena, México.